

A romantic couple is shown in profile, about to kiss. The man is on the left, wearing a white t-shirt and blue jeans. The woman is on the right, wearing a white tank top and blue denim shorts with a light-colored belt. Her hand is on the man's face. The background is a clear blue sky.

La magia de San Juan

VICTORIA VÍLCHEZ

«Instantes que lo cambian todo. Personajes destinados a quedarse en el corazón de los lectores.

Una novela deliciosa y conmovedora de principio a fin».
María Martínez, autora de *Tú y otros desastres naturales*.

Copyright

La magia de San Juan

©Victoria Vílchez

Primera edición: Mayo 2015

Segunda edición: Marzo 2020

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Todos los derechos reservados. Cualquier reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

Índice

Copyright

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

Epílogo

Agradecimientos

A todos los que creéis que la magia existe.

Prólogo

Álex la espera impaciente, sentado sobre la arena y retorciendo las manos con nerviosismo. Han pasado trescientos sesenta y cinco días desde la última vez que la vio, aunque el rostro de Paula está grabado en su mente con todo lujo de detalles: sus ojos almendrados del color de la miel, las largas pestañas, la leve curva de sus labios, tan tentadora e irresistible... Y su olor, esa mezcla de jazmín y bergamota que desprende su piel y a la que sus manos huelen siempre después de pasar horas acariciándola.

Esta noche, como cada San Juan, él ha acudido a su cita, a esa pequeña cala en la que ya hace tres años que se besaron por primera vez y en la que, verano tras verano, le hace el amor durante horas hasta que el sol los sorprende exhaustos tumbados sobre la arena. Al amanecer, siempre es ella la primera en marcharse. Sin decir adiós, sin despedirse. No hay preguntas; prometieron no hacerlas desde el inicio de este extraño ritual. Prometieron olvidarse y recordarse tan solo una vez al año, al amparo de las sombras y de la magia de esa noche en la que se reencontrarían en esta misma playa.

Desde entonces, así ha sido durante tres años. Álex ha estado tentado más de una vez de romper esa promesa, de pedirle que se quede, porque cada vez es más complicado desprenderse del sabor de sus besos, del calor de su cuerpo, de todas las sensaciones que provoca en él. Porque no solo hacen el amor; charlan sobre sus sueños, sobre lo que esperan de ese futuro incierto que no termina de llegar, de las sonrisas que quieren arrancarle a la vida. Y él empieza a desear sus días y todas sus noches.

Apenas puede reflexionar más sobre ello. Paula avanza descalza hacia él, con las sandalias en la mano y un vestido de tirantes que ondula con la brisa que llega del mar. Una gran sonrisa se extiende por el rostro de Álex, y ella le corresponde con otra muy similar antes de echar a correr y lanzarse en sus brazos.

Él la estrecha contra sí, apretando quizás más de lo debido, temeroso de perderla ahora que la ha recuperado, hasta que finalmente se separan para mirarse a los ojos, buscando adivinar las emociones del otro a través de sus pupilas.

—Feliz San Juan —murmura Paula, y Álex tiembla al escuchar de nuevo el sonido de su voz.

—Feliz San Juan —responde él a su vez.

Baja la vista hasta sus labios y el deseo que ha estado latiendo en su interior desde hace un año le impulsa hacia ellos. No puede, ni quiere, esperar para besarla; muy lento y con suavidad al principio. Si bien, en cuanto prueba su sabor, el beso se torna feroz y posesivo. Esta noche Paula es suya y la quiere toda para él.

Las manos de ella se cuelan por debajo de su camiseta y perfilan los músculos de su espalda con cierta reverencia. La boca de Álex busca ese lugar tan sensible detrás de su oreja, y ella responde clavándole las uñas y dejando escapar un leve jadeo.

—Mía —gime él para sí mismo, aunque sabe que no es verdad.

Paula no es una mujer a la que se pueda atar, es más bien la clase de espíritu libre que nunca pertenecerá a nadie. Álex sabe que no ha dejado de viajar por el mundo desde que cumplió los dieciocho años. Esa es su forma de vida, una eterna nómada en busca de su propia felicidad.

Y, aunque sabe que nunca podrá ser suya, no puede evitar enamorarse de ella cuando el sol cae cada noche de San Juan.

Sin embargo, Álex no es consciente de que esta vez no habrá un después. Al año siguiente Paula no estará allí para encontrarse con él.

1

Un año más tarde.

«Tiene que venir», se repite Álex, a pesar de que no alberga ya casi ninguna esperanza de que Paula aparezca.

Han pasado trescientos sesenta y cinco días, con sus respectivas noches, y no ha podido dejar de pensar en ella en todo este tiempo. Se ha prometido contarle la verdad, sincerarse con ella y rogarle que no desaparezca de nuevo de su vida. Quiere más. Anhela el sabor de sus besos y su aroma llenándolo todo, y ya no va a conformarse con tenerla apenas ocho horas entre sus brazos.

Sin embargo, Paula no ha aparecido. El cielo empieza a clarear por el este y no hay ni rastro de ella. Álex sabe que no vendrá. Ahora que está amaneciendo, no le queda ninguna duda al respecto. La desesperación se apodera de él y recorre la orilla del mar de forma errática, maldiciendo en silencio. Es consciente de que no debería haber dejado que se marchara el año anterior, que tendría que haber vomitado todos sus miedos y aceptar frente a ella que no quería continuar con este juego absurdo.

Espera varias horas más sin éxito alguno. Para cuando dan las diez de la mañana, Álex admite por fin lo que ya sabía y, tras recoger sus cosas, se marcha de la playa con la mente repleta de dudas y preocupación. No sabe qué pensar. ¿No ha venido porque ya no quiere verlo más? ¿Le ha sucedido algo?

«Puede que le haya sido imposible acudir a la cita», se dice una y otra vez.

Al subirse a la moto y ponerse el casco, siente una mezcla de enfado, decepción y ansiedad. Quiere pensar que ha sido el destino, el mismo que los unió, el que hoy los está separando. Que, si Paula no ha podido venir, se debe a que no tenían que acabar juntos. Y así, convenciéndose de que es como tiene que ser, abandona la cala que durante años ha sido un paraíso para él.

—Tienes a un par de jovencitas esperándote —señala Mikel, su jefe, un alemán cincuentón.

Por su aspecto nadie diría que tiene esa edad. El deporte y la vida al aire libre lo mantienen en forma al igual que a Álex, que vive por y para el mar y desde los veintidós es monitor de actividades acuáticas en Son Serra de Marina, una playa de la costa este de Mallorca, donde acompaña a los turistas y les enseña a practicar diversos deportes. Pero hoy no está de humor para salir al mar.

—Voy —se limita a contestar.

Accede a los vestuarios evitando la zona del club donde suelen esperar los clientes. Lanza su mochila al suelo y golpea con rabia la puerta de su taquilla, dejando una pequeña abolladura en el metal.

No ha dormido y está agotado, pero no puede decirle a Mikel que ha pasado la noche esperando a una desconocida en una cala perdida de la isla. Se reiría de él. Álex también tiene ganas de reírse. Resulta patético.

Cierra los ojos e inspira con lentitud. No sirve de nada torturarse; no va a volver a verla.

«No quiero verla», trata de convencerse.

—¡Álex! —lo reclama su jefe.

—¡Ya voy, joder! —responde a voz en grito.

Ni siquiera le importa que lo oigan los clientes.

«A la mierda. Se ha ido todo a la mierda».

Se deshace de la ropa y se ajusta un neopreno corto, dejándolo enrollado a la altura de la cintura, y no tarda en abandonar los vestuarios.

—Señoritas —saluda, inclinando la cabeza, y ellas corresponden su provocadora sonrisa con una risita compartida.

Las dos chicas están ya preparadas para la excursión de *paddle* surf, así que les da algunas instrucciones y cargan con las tablas y los remos en dirección a la playa.

Sus ojos tropiezan con la basta extensión de agua que considera su hogar.

—Puede que, después de todo, sea un buen día —murmura al sentir la brisa marina sobre el rostro.

Envía al fondo de su mente esos recuerdos en los que no quiere pensar, mientras observa a las dos muchachas subirse a la tabla. Ambas son guapas, rubias y de ojos azules, con la piel blanca y delicada, y sonrisas repletas de promesas. Están aquí para divertirse, para pasar un rato inolvidable, y él tiene que conseguir que así sea.

Para cuando regresan varias horas más tarde, las dos están más que dispuestas a sucumbir esa misma noche a los encantos de su profesor. Álex es un tipo muy atractivo. Metro ochenta de puro músculo, espaldas anchas y bien formadas, piel dorada por el sol y pelo siempre alborotado, más claro en las puntas, además de unos magníficos ojos verdes y dos hoyuelos que aparecen cuando sonríe. La cicatriz que decora su ceja derecha, producto de un golpe contra unas rocas que casi le cuesta la vida, otorga a su rostro el contrapunto perfecto. Es consciente de que no tiene dificultades para ligar y de que, si quisiera, podría llevarse a una chica diferente a la cama cada noche.

Una de las clientas, la más lanzada, se le acerca antes de marcharse del club. Le sonríe y lo coge del brazo sin titubear. Álex, perplejo, se lo permite.

—Vamos a tomar unas copas más tarde, ¿por qué no te vienes?

La chica le toma la mano y garabatea algo sobre el dorso, y él supone que se trata de su teléfono. No se equivoca.

—Tengo novia—replica, aunque su pícara sonrisa deja entrever que tal vez eso no resulte un problema.

—Llámame igualmente.

Asiente sin dejar de sonreír. Acto seguido, se despide y se mete en el vestuario. Abre el grifo, mete la mano debajo y no deja de frotar ese trozo de piel hasta que la tinta azul se emborrona y desaparece.

—Sé sincero contigo mismo —le dice a la imagen que le devuelve el espejo sobre el lavabo—. Tener novia nunca supuso un obstáculo con Paula.

Y por segunda vez en ese largo día, vuelve a maldecir.

2

—Has venido.

Paula esboza una sonrisa cínica en respuesta al comentario de Blanca, su hermanastra. Nunca se han llevado demasiado bien, aunque tampoco se han tratado mucho. Ella ha pasado más tiempo viajando que en una casa que ni por un momento considera su hogar. Nunca se ha sentido parte de él y, para cuando cumplió la mayoría de edad, ya había decidido que quería vagar de país en país y se había apuntado al que fue su primer proyecto humanitario con una ONG.

—Puedes dejar de saltar de alegría —replica, sarcástica, y Blanca no tarda en hacer un mohín.

«Acabo de llegar y ya estoy deseando marcharme», se lamenta Paula para sí misma.

—¿Y mi padre? —la interroga.

—En el hospital.

Le da la espalda a Blanca y sube las escaleras del palacete que adquirió su abuelo paterno como regalo para las segundas nupcias de su padre. No puede evitar preguntarse por qué no fue tan generoso en la primera, aunque a ella, en realidad, le da igual. Solo está aquí porque su padre parece haber sufrido una recaída y le están haciendo pruebas. Nadie quiere mencionar la palabra maldita, pero todos piensan que es el cáncer de nuevo.

Si no fuera porque está preocupada y quiere asegurarse de que todo va bien, no habría cruzado medio mundo para viajar hasta aquí.

«Mentira. Hubieras venido por él», piensa para sí misma.

Pero niega con la cabeza. Se prometió que este año no iba a ser así. Nunca se ha atado durante mucho tiempo a un lugar. Salta de un proyecto a otro, intentando no vincularse a nada ni a nadie, y apenas pasa unos cuantos días al año en Mallorca para visitar a su padre. Se convence de que es una forma de no dejarse vencer por los horrores que a veces tiene que contemplar, pero en el fondo no es otra cosa que miedo, un miedo atroz a sentirse abandonada. Normalmente, es ella la que huye antes.

—Tienes un aspecto deplorable —comenta Blanca, que la ha seguido hasta la planta superior.

—Llevo un día y medio volando y he hecho tres escalas para llegar hasta aquí —se justifica, aunque sabe que su hermanastra luciría una apariencia impecable si estuviera en su lugar.

—Dúchate. Hueles mal. No pienso ir...

Le cierra la puerta en las narices, sin ánimo para soportar ni uno más de sus dardos envenenados, y su voz queda amortiguada por la madera que las separa.

—¡Dame paciencia! —exclama en voz baja.

Observa su habitación con ojos cansados. Todo está como lo dejó la última vez que estuvo en casa, hace poco más de un año. No hay rastro de polvo y, a través de la ventana abierta, le llega el rumor de las olas y ese aroma salino que tanto le gusta.

La mansión está situada en lo alto de un acantilado, al norte de la isla, muy cerca de la cala en la que tendría que haberse reunido con Álex una semana antes. Sabe que le hubiera sido imposible acudir aunque hubiera querido. Tenía que finalizar asuntos urgentes si quería pasar más que unos pocos días con su padre. Sin embargo, no deja de decirse que ha sido su decisión no

encontrarse con él.

No más Álex ni más encuentros sexuales con extraños; eso es lo que se dice que son para ella: noches sin preguntas en las que el sexo es lo único importante. Noches de olvido, de desenfreno. Una manera de entregarse sin hacerlo realmente. Nada por lo merezca inquietarse ahora que se ha acabado.

Su única preocupación es que su padre esté bien y, en cuanto pueda, se marchará otra vez. No quiere permanecer en la isla más tiempo del estrictamente necesario. Hay gente que la espera y cuenta con ella para sobrevivir a pesar de que la han autorizado a pasar los dos meses siguientes en su casa. Pero, en realidad, tal vez tenga algo que ver que cuanto más tiempo permanezca en este lugar, más probabilidades hay de que se encuentre con Álex.

La isla es grande y no tendrían por qué coincidir, pero la magia de San Juan a veces extiende sus dedos más allá de esa única noche y juguetea con los destinos de las personas que creen haber escapado de ella. Quién sabe, puede que esta vez Paula no pueda huir a tiempo.

3

—Vamos, hija, ve.

Paula niega una vez más. Su padre ha regresado del hospital esa misma mañana, después de pasar dos días haciéndose pruebas. Ahora no les queda más remedio que esperar. Está muy animado y ni siquiera parece enfermo, y no deja de intentar convencerla para que aproveche y pase tiempo con su hermana.

—Dale el gusto a tu viejo —insiste, arrancándole una sonrisa.

Ni es viejo ni lo parece. En realidad, nadie diría que lleva dos matrimonios a sus espaldas y ha superado un cáncer de pulmón.

Se siente tentada a ceder solo para no preocuparlo, aunque lo último que desea es estar cerca de Blanca. Le da dolor de cabeza solo de pensarlo.

—Date un baño y toma un poco el sol —sugiere mientras se acomoda en el inmenso sofá que preside uno de los salones—. Yo voy a descansar un rato. Por favor —añade, cerrando los ojos, y Paula termina por aceptar.

Espera no tener que arrepentirse.

—Bajamos a Son Serra —propone Blanca, una vez que ambas se suben al coche.

Ella asiente y sube el volumen de la radio, reacia a darle margen para que entable una conversación.

Blanca le lanza una mirada resignada. Si no fuera porque su padre y Maika, su madre, se han empeñado en que tenía que estrechar lazos con su hermanastra, no iría con ella ni a la esquina. Está cansada de oír hablar de la desinteresada Paula, esa que vive por y para ayudar a los demás, siempre en zonas de refugiados o que se han visto afectadas por cualquier desastre natural. Pero ¿quién es la que ha permanecido al lado de su padre en el último mes? ¿Y antes de eso, cuando le detectaron por primera vez su enfermedad?

Apaga la radio y, con una simple mirada, acalla las protestas de Paula.

—Vamos a ignorarnos de la forma más cordial posible y listo —le dice—, hasta que vuelvas a largarte y todos nos quedemos tranquilos.

Paula asiente y sus ojos se pierden de nuevo en el paisaje. Se siente dolida, pero no piensa permitir que su hermana sepa que, en el fondo, le duele que nadie le haya pedido nunca que se quede.

El resto del trayecto transcurre en un incómodo silencio; ambas están deseando llegar a la playa. Cuando alcanzan su destino, Paula apenas puede esperar a que se detenga el motor para bajar del coche y respirar profundamente. Deja la vista vagar por la cala, con su arena blanca y sus aguas cristalinas. Hace años que no venía a este lugar. El cielo está completamente despejado y la temperatura es ya bastante alta. Un día perfecto para disfrutar del mar.

Casi al momento se les une Olga, una amiga de Blanca, tan rubia y alta como ella e igual de delgada. Paula es más bien bajita, castaña y curvilínea, por lo que las diferencias son aún más notables; incluso en eso son distintas. No obstante, ya hace mucho que dejó de compararse con nadie, menos aún con su hermana. O al menos es lo que le gusta pensar.

—Así que tú eres la hermana de Blanca —comenta Olga tras la presentación de rigor.

—Hermanastras —replican ellas a coro.

Olga se encoge de hombros y esboza una sonrisa amable. Paula, por el contrario, la observa con recelo, sin creerse que una amiga de Blanca pueda ser simpática.

—¿Por qué hemos venido hasta aquí? —se queja Paula, mientras buscan un lugar cerca de la orilla donde poner las toallas—. Hay otras playas más cerca de casa.

Su hermana resopla, fastidiada, aunque cuando se gira para responder está sonriendo. Si bien, su sonrisa no es del todo sincera.

—Aquí hay gente más interesante.

Dicho lo cual, estira la toalla y deja sus cosas a un lado.

Olga sigue su ejemplo, y Paula, que ha decidido disfrutar del día sin hacerles el más mínimo caso, las imita. Se quita el vestido y se tumba boca abajo, no sin antes rescatar las gafas de sol de la mochila y esconderse tras ellas. Blanca, por el contrario, permanece en pie.

—Voy a darme una vuelta —comenta.

Olga suelta una risita y, tras desvestirse, se tumba también a tomar el sol. En cuanto se quedan a solas, se vuelve hacia ella.

—Blanca no habla mucho de ti.

Paula levanta la cabeza de la toalla y la gira en su dirección.

—No sé por qué no me sorprende.

—No os lleváis muy bien, ¿no? —replica la chica, curiosa.

Paula responde alzando una ceja y, con su expresión, deja claro que más bien no se soportan.

La conversación se estanca y ambas se dedican a dejar que el sol les caliente la piel. Se dan varios baños, por separado, y Paula saca algunas fotos con el móvil mientras Olga no deja de ponerse protector solar. Tiene la piel blanca y se quema con facilidad.

Cuando comienzan a pensar que Blanca se ha olvidado de ellas, casi una hora después, esta aparece andando por la orilla en compañía de un chico. Olga es la primera en verlos y siente cierto alivio por no tener que continuar sola, dado lo poco dispuesta a socializar que parece la hermana de su amiga.

—¡Pensaba que la habías secuestrado! —grita Olga.

Paula echa un vistazo por encima del hombro para saber a quién le está hablando la chica. Al principio no entiende lo que ve. En realidad, se da cuenta de que es su hermana la que se ha detenido de pie sobre la arena a pocos pasos de ella, pero su cerebro no parece capaz de procesar la imagen completa que le ofrecen sus ojos.

Observa el brazo de Blanca enlazado con otro, masculino y cubierto de un vello espeso y muy rubio. Su mirada asciende y recorre el hombro, el cuello y llega hasta unos labios gruesos y sugerentes. Cuando sus ojos tropiezan por fin con dos iris de color esmeralda, no puede evitar maldecir.

—¡Joder! —se le escapa, y todos centran su atención en ella.

Todos, incluido el chico con el que debía haberse encontrado hace ya diez noches en una apartada cala y que ahora está mirándola con la misma expresión perpleja que luce ella.

Blanca sonríe, colgada de su brazo.

—Álex, esta es Paula, mi hermana —los presenta—. Paula, este es Álex, mi novio.

—¿Cómo? —repite ella, desconcertada.

—Mi novio —repite Blanca, exultante, creyendo que la reacción de Paula se debe a la envidia.

El chico rehace su expresión y esboza una sonrisa antes de inclinarse sobre ella y plantarle

un beso en la mejilla. Paula ha dejado hasta de respirar y, por más que parpadea, él sigue estando ahí, con sus dos hoyuelos bien marcados producto de una escandalosa sonrisa, con la piel morena y el pelo rubio brillando bajo el sol. Él, *su* Álex, es el Álex de su hermana, aunque ni siquiera sabía que saliera con alguien.

Traga saliva y hace un intento por devolverle la sonrisa, aunque no consigue más que una mueca tirante. Su mente trabaja a marchas forzadas para asimilar la situación y trata de aceptar que no solo se ha reencontrado con él, tal y como temía, sino que tiene novia —algo que nunca le contó— y que encima es su propia hermana. Y lo peor de todo es que en lo único en lo puede pensar es en que está aún más guapo a la luz del día.

4

«No puede ser», se repite Paula por enésima vez. Ha entrado en bucle y lleva así media hora.

Álex apenas permanece unos minutos con ellas. Comenta que tiene que dar una clase y que solo se ha acercado porque Blanca ha insistido en presentarle a su *hermana*. De repente, parece que Paula ya no es su hermanastra, justo cuando esta se siente más alejada de ella que nunca. O al menos es así como ansía sentirse: una extraña. Una que se ha acostado con su novio durante las últimas tres noches de San Juan.

«No, las últimas tres no», se corrige. A la pasada no acudió a la cita; tal vez él tampoco fuera. Quizás ahora que está con Blanca... Porque lo suyo es reciente, ¿no? No puede ser que Álex y ella se hayan liado estando él con...

Sacude la cabeza.

—¿Cuánto llevan juntos? —interroga a Olga en cuanto su hermana va a darse un chapuzón.

—Varios años. Dos tal vez, no estoy segura.

Paula desea con todas sus fuerzas que la arena de la playa se la trague y la escupa lo más lejos posible de aquí. Mientras Álex hablaba no ha podido mantener la vista apartada de sus labios, esos que ella conoce tan bien, que ha saboreado, besado y mordisqueado. Ni siquiera ha escuchado lo que decía, absorta como estaba, confusa pero a la vez enfadada.

—Voy a por agua —le dice a Olga, después de beberse de un sorbo la que le quedaba en la botella que ha traído.

En realidad, solo busca una excusa para alejarse. No sabe muy bien cómo sentirse. ¿Traicionada? ¿Furiosa? ¿Arrepentida? Ellos nunca hablaron de otras personas, de si el resto de los meses tenían relaciones diferentes de la suya; sin embargo, Paula había supuesto que no había una novia esperándolo a la mañana siguiente.

Echa a andar en dirección a uno de los chiringuitos, pero se da cuenta de que ni siquiera ha cogido la cartera. Le da igual. Quiere moverse, hacer algo, cualquier cosa. Está demasiado nerviosa para sentarse sobre la toalla y fingir que no lo ha visto. El hechizo que mantenía la magia de esa única noche al año se ha roto y ella se ha dado de bruces con él.

«Lo rompiste tú al faltar a tu palabra», se lamenta durante unos segundos, y luego vuelve a dejarse llevar por la ira. Esa ira que no es más que miedo, un profundo miedo a algo que no se ve capaz de controlar, que escapa a su entendimiento. Álex es solo un chico con el que ha pasado poco más de veinticuatro horas en tres años. Solo eso. Pero, entonces, ¿por qué se siente traicionada? ¿Por qué, al verlo, algo en su interior ha temblado? Quizás porque recuerda demasiado bien la calidez de sus besos, la suavidad de sus dedos deslizándose por su piel, el refugio que representan sus brazos... Puede evocar cada segundo que ha pasado a su lado con total nitidez.

Sigue andando por la orilla, perdida en ese mar de recuerdos que representa Álex para ella. No presta atención a lo que la rodea. Los bañistas se cruzan en su camino, niños juegan con la arena mientras sus padres los vigilan, y el mundo entero continúa girando a pesar de que para Paula se ha detenido en el mismo instante en que ha puesto sus ojos sobre él.

Eso no impide que Álex la descubra entre la gente. Su mirada se ve atraída hacia ella como si Paula brillara con una luz de la que carece cualquier otra persona. No importa que el sol le

arranque reflejos a su pelo y a su piel morena muy distintos de los provocados por la luna. Es ella, y la reconocería en cualquier parte y bajo cualquier circunstancia.

«¿Cómo demonios ha podido suceder?», se pregunta, mientras la observa con atención.

De todas las chicas de la isla tenía que ser la hermana de Blanca, su novia. Casi parece una broma del destino. Y ahora más que nunca se arrepiente de no haber confesado antes ese compromiso. Quiere pensar que, que Paula no se presentara a su última cita, no tiene nada que ver con Blanca. Si su novia estuviera al tanto de su desliz, ya le habría dicho algo.

Paula alza la cabeza y mira a su alrededor, como si se hubiera dado cuenta de que alguien la está observando. En cuanto sus miradas se cruzan, se detiene de forma brusca y exhala un jadeo. A Álex un escalofrío le recorre la espalda de arriba abajo. Se observan intensamente, reacios a apartar la vista, y no pueden evitar sentir esa oscura llamada que los ha llevado cada noche de San Juan a acudir al encuentro del otro. Paula siente el irracional deseo de echar a correr y lanzarse en sus brazos, de llenarse la boca con el sabor de sus besos, y por un instante casi cede a la tentación, hasta que el rostro de su hermana aparece frente a sus ojos y la furia retorna de nuevo.

Para ella no habido nadie más en tres años. Solo él y esos encuentros robados cada verano. Ahora se da cuenta de que de verdad eran robados, como si solo fueran dos delincuentes al amparo de la noche. Solo se ha entregado a Álex, y él, en cambio, al abandonar sus brazos acudía al encuentro de otra.

«De tu hermana», se recuerda, y aprieta los dientes.

El pensamiento la obliga a girar sobre sí misma y emprender el camino de vuelta, aunque lo último que quiere es ver a Blanca, un recordatorio constante de lo que acaba de perder. No, no se puede perder lo que nunca se ha tenido.

Aprieta el paso, pero Álex echa a correr y no tarda en llegar hasta ella. La agarra para detenerla y, en cuanto la toca, una descarga recorre sus cuerpos con tanta intensidad que Paula tropieza con sus propios pies. Él la sujeta justo antes de que toque la arena, la acuna en sus brazos como tantas otras veces ha hecho, y no puede evitar pensar que es allí donde debería estar. Siempre.

Paula tarda unos segundos en reaccionar. Se ha quedado perdida en el verde de sus ojos, más vivo ahora que relucen bajo el sol. Es demasiado consciente de los puntos en los que sus pieles se tocan. Sus labios se abren y exhalan un suspiro, reclamando algo que no debería desear.

—Paula —murmura él, sujetándola con fuerza.

Ella reacciona al sonido de su voz, tan ronco como suave y cargado de anhelo, pero no lo hace de la manera que él espera. Lucha por quitárselo de encima.

—¡Suéltame! —exige, airada—. ¡Suéltame, joder!

Álex cede y retira las manos de su cintura, no sin antes recorrer la curva de sus caderas con la punta de los dedos. No puede evitarlo. ¡La ha echado tanto de menos!

«Ella a ti no».

De ser así no hubiera faltado a su cita hace diez noches.

—¡Jodido mentiroso! —le grita ella.

Paula siente deseos de golpearlo en el pecho, como si eso fuese a aliviar la angustia y el rencor.

—Rompiste tu promesa —replica él, ignorando el insulto.

Ella le lanza una mirada envenenada, fruto de la amargura que la consume por dentro.

—¡No me hables de promesas! ¿Cuánto hace que estás con Blanca?

Álex esboza una mueca de dolor al escuchar el nombre de su novia. Sabía que esa relación

terminaría por pasarle factura, pero nunca pensó que el precio a pagar sería tan alto. Cambiaría sin dudar los años que ha pasado con Blanca por una noche más con Paula, y ser consciente de ello lo hace sentirse aún más despreciable.

—Desde después de nuestro primer encuentro —confiesa avergonzado.

La mano de Paula vuela directa a su mejilla sin que esta pueda hacer nada por evitarlo, y a Álex el golpe le duele muy dentro, muy por debajo de la piel. Ella se arrepiente de inmediato. Sabe que no puede exigirle nada; hasta ahora solo reclamaba una noche al año y eso es exactamente lo que ha obtenido.

Cae en la cuenta de que si Álex sabe que faltó a su encuentro es porque él sí acudió, y eso la enfurece más todavía.

Las ganas de huir regresan con más fuerzas, pero él le corta el paso.

—No le digas nada —le ruega el chico—, deja que sea yo el que hable con ella.

A Paula le duele que solo le preocupe Blanca, cómo se sentirá si lo descubre.

—Haz lo que tengas que hacer —señala, sin siquiera mirarlo—, pero mantente alejado de mí.

—Paula, por favor.

Pero ella se niega a continuar hablando con él. Echa a correr por la orilla sin saber muy bien de qué está huyendo, si de Álex o de ella misma. Lo único que tiene claro es que, en cuanto pueda, abandonará la isla y ya no habrá más noches de San Juan para los dos.

5

Su hermana irrumpe en la habitación sin llamar. Paula está sentada en el banco de madera que hay junto a la ventana con un libro entre las manos, aunque lleva no sabe cuánto tiempo intentando descifrar la misma página. Se pregunta si viene a arrancarle la cabeza por haberse liado con su novio a pesar de que ella no tuviera constancia de que lo fuera. Sin embargo, Blanca le sonrío como si se hubiera convertido en su hermana favorita; no importa que solo sea medio hermana y la única que tiene.

—¿Quieres venir a una fiesta? —propone, y Paula arquea las cejas, sorprendida.

No sabe que Maika y su padre han pasado media mañana convenciendo a Blanca para que la invite y que al final han tenido incluso que prohibirle salir si no va con ella. Por eso, el gesto hace que la culpabilidad de Paula aumente.

—¿Por qué nunca me has dicho que tuvieras novio? —pregunta, sin poder contenerse.

Lleva dos días dándole vueltas. Nunca ha escuchado a Blanca mencionar a ningún chico, aunque tampoco es que haya pasado tiempo suficiente en Mallorca como para que a su hermana se le soltara la lengua. Incluso aunque no fuera así, duda mucho de que le hubiera contado nada al respecto; no tienen esa clase de confianza.

La sonrisa de Blanca se ensancha, orgullosa de haber conseguido atraer la atención de Paula.

—¿Me has contado tú con quién te lo montas? —le reprocha sin cortarse.

Paula piensa en que, gracias a Dios, eso no ha ocurrido. Su siguiente pensamiento es el de Álex y Blanca abrazados sobre una cama, *montándose*. Cierra los ojos con fuerza para apartar la imagen de su mente.

—¿Te apuntas o no? —insiste, impaciente.

Paula niega. No piensa acudir a ningún lado con su hermana, eso sería tentar a la suerte, y tampoco está dispuesta a ver con sus propios ojos lo que su imaginación ya le ha mostrado de mil maneras diferentes.

—Tienes que acompañarme o no podré ir —confiesa finalmente.

Blanca no piensa perderse la fiesta de Olga solo porque su hermana sea una antisocial.

—¿Y eso por qué?

—Órdenes de papá.

Paula suspira. No quiere disgustar a su padre, bastante preocupación tiene ya para ponerse a mediar entre Blanca y ella, pero de ninguna manera tiene intención de asistir a esa fiesta.

—Mira, si no quieres ir, te dejo en Alcúdia de camino a casa de Olga y te buscas la vida para entretenerte —propone su hermana. Sabe que Maika no va a permitirle salir sin ella, y mucho menos su padre.

Paula valora la idea durante unos segundos. En realidad, después de dos días encerrada en casa, le apetece tomar el aire. Lo más probable es que Álex esté en la fiesta con Blanca y no se lo vaya a encontrar. Quizás esta sea su mejor oportunidad.

—¿Hasta qué hora piensas quedarte?

—Iré a buscarte cuando me llames —asegura Blanca, sin ninguna intención de cumplir dicha promesa.

Al final cede y quedan dos horas después en la entrada de la casa. No obstante, antes de aceptar, Paula le pregunta de forma disimulada si Álex irá con ellas en el coche. Blanca le asegura que él irá en su moto, la misma con la que solía acudir a sus encuentros furtivos.

La caída de la tarde trae consigo una brisa fresca y un ligero descenso de la temperatura. Paula se enfunda unos pitillos vaqueros desgastados en la zona de los muslos y una blusa blanca y semitransparente, completando el conjunto con unas sandalias y una rebeca negra. Su hermana, por el contrario, ha elegido un vestido ceñido azul y unos taconazos de al menos diez centímetros con los que luce espectacular. Al encontrarse en la estancia que hace las veces de recibidor, Blanca le echa un vistazo y sacude la cabeza.

—No entiendo por qué prefieres vagabundear por ahí sola antes que ir a una fiesta.

Paula se muerde la lengua para no contestar. No quiere entrar en una discusión que sabe que no la llevará a ningún sitio. No le molesta estar sola, ya está acostumbrada. Tal vez pueda ir al cine a ver una película o aproveche para picar algo y tomarse una copa de vino. La soledad, a veces, resulta reconfortante; siempre es mejor que echar de menos a alguien que no está.

—Procura tener el móvil a mano —le indica a su hermana, antes de bajarse del coche en un de las calles más céntricas de Alcúdia.

Su hermana asiente y fuerza una sonrisa. Le ha dicho que la casa de Olga está a las afueras, cerca de la costa, y no tardará mucho en llegar cuando la avise para que la recoja.

Paula se entretiene mirando escaparates de tiendas ya cerradas, callejeando sin un determinado rumbo y, sin poder evitarlo, también pensando en Álex y en que ahora mismo es probable que esté junto a su hermana. Se sienta en una terraza y pide una copa de vino blanco y una tapa, algo para llenar un vacío que sabe que no es hambre, y pasa varias horas ahí, sola, convenciéndose de que no le importa algo que se ha basado en sexo de una noche. Para cuando dan las dos de la mañana y Paula abandona el pub en el que ha entrado a tomarse una copa, casi lo ha logrado. Pasarán los días y ella se marchará, una vez más, dejándolo atrás. No hay vuelta de hoja.

Le envía un mensaje a su hermana: «Estoy lista para que me recojas».

Blanca responde poco después con un simple «Ok», y ella regresa sobre sus pasos para localizar el lugar donde la ha dejado antes. Se sienta en un banco a esperarla, tirando de la rebeca para cerrarla sobre su pecho. Quince minutos más tarde, una moto se detiene bruscamente justo en el bordillo frente a ella. Paula alza la mirada al escuchar el frenazo.

—Lárgate —le espeta a Álex, que se ha quitado el casco sin detener el motor.

¿Es que su hermana no piensa en lo que hace? ¿Cómo demonios se le ocurre mandarlo a él a recogerla?

—Blanca se ha tomado un par de copas y no está condiciones para conducir —replica el chico con sequedad.

—Tu novia —señala ella, sin poder evitar provocarlo.

Álex entrecierra los ojos y se queda mirándola fijamente.

—Mi novia, sí. Pero ¿por qué habría de importarte? No viniste.

El reproche escapa de los labios de Álex sin que este pueda hacer nada para impedirlo. Está enfadado, con ella y consigo mismo, pero también dolido. Sabe que no tiene razón, que debería agachar la cabeza y asumir que se ha comportado como un cabrón, pero no quiere, no mientras ella no admita lo que son el uno para el otro, si es que hay algo que admitir.

—No pienso ir contigo a ninguna parte.

—Monta ya en la jodida moto.

Paula le clava una mirada en señal de advertencia.

—Eres todo un caballero.

—El mismo al que te has follado durante horas en cada San Juan —replica, cargado de rabia—. Monta si no quieres quedarte tirada. Tu hermana no va a venir.

—Cogeré un taxi —asegura, furiosa por su comentario, aunque no ha visto ninguno en el rato que lleva esperando.

Echa a andar calle abajo haciendo gala de una determinación que en realidad no tiene. Álex suelta una maldición, le pone la pata a la moto y se apresura a alcanzarla. No quiere agarrarla, es demasiado consciente de lo que sentirá si lo hace, pero no le queda más remedio.

—¡No me toques! —le grita ella, fuera de sí.

El corazón se le acelera. Su tacto, ese que ha anhelado más de lo que debería, le resulta casi insoportable.

—Sube a la moto —repite Álex, esta vez con la voz ronca y la mirada fija en sus labios, devorado por la necesidad que tiene de ella.

—No puedes obligarme.

Paula se revuelve, tratando de soltarse, y obliga a Álex a apretarla contra su pecho para inmovilizarla. Ambos jadean por el forcejeo.

—O subes a la moto o terminaré por besarte —le advierte él.

Ni siquiera espera a que responda. Se inclina sobre sus labios y la besa. No es un beso dulce ni sosegado. Transmite la misma furia que albergan uno contra el otro. Es hambriento, fruto del tiempo que han esperado para volver a sentir su sabor. Paula enreda los dedos entre varios mechones de pelo rubio, llegando incluso a tirar de ellos con cierta desesperación, mientras que Álex la sostiene con una mano en la parte baja de su espalda y la otra aferrándose a su nuca.

Se besan como si fuera su último beso. Como el que no tiene nada que perder porque ya lo ha perdido todo.

6

—¿A dónde me llevas? —le pregunta Paula, gritando a través del casco.

Alex sabe que no debería estar con ella, subida en su moto, con los brazos rodeándole la cintura y el pecho reposando sobre su espalda. No, no debería. Tampoco debería haberla besado, aunque más que besarse se han devorado. Alex es muy consciente de ello, tanto que aún puede sentir la caricia de sus labios y su exquisito sabor sobre la lengua. Es embriagador. Está casi borracho, o drogado. O ambas cosas.

—A un sitio en el que podamos hablar —responde él también a gritos.

—¿Y Blanca?

Gira la cabeza para observarla por encima de su hombro. Apenas cruzan la mirada un segundo, pero es suficiente.

—Blanca va a tener que esperar —afirma, y le da más gas a la moto, concentrándose en la carretera y evitando nuevas preguntas que no sabría cómo responder.

Álex se plantea llevarla a la cala que siempre ha sido su refugio, pero teme estropear el recuerdo que guarda de ese lugar y, dado que no van preparados para una excursión, decide poner rumbo al único sitio que se le ocurre. La brisa fresca de la noche le corta la cara. Le ha dejado su cazadora a Paula para evitar que se helara durante el viaje, y el frío ha comenzado a calarle los huesos. Si bien, queda compensado por la calidez que desprende el cuerpo de ella, la presión que ejercen sus muslos, la caricia de sus manos sobre su estómago. Daría la vuelta a la isla si Paula se lo permitiera, solo para prolongar la sensación.

Aparca la moto en el garaje de su casa y la invita a seguirlo. Ella se muestra recelosa, la arruga de su ceño continúa presente y él siente deseos de pasar el dedo por su frente para alisarla. Se contiene y le cede el paso, asegurándole una vez más que solo quiere que charlen tranquilamente.

Lanza las llaves sobre el aparador de la entrada y da un par de saltitos para entrar en calor. Paula ni siquiera se quita la chaqueta, está demasiado ocupada observándolo todo con ojos curiosos, aunque no haya mucho que ver: un pequeño salón con la cocina separada por una barra americana y un pasillo estrecho que conduce a los dos dormitorios y el baño. Alex, a sabiendas de la mansión que posee su padre, se siente cohibido.

—¿Vives aquí? —pregunta ella, que por fin se ha deshecho de la cazadora.

Él asiente.

—Con Jaime, mi hermano. —Al ver la preocupación en su rostro, se apresura a añadir—: Tranquila, trabaja de noche y no suele llegar hasta que amanece. Nos buscamos la vida como podemos. Mis padres murieron hace años en un accidente de coche y, desde entonces, estamos solo él y yo —explica, y las palabras salen de su boca con fluidez aunque no le gusta hablar de ese tema.

Paula lo observa con expresión preocupada.

—Nunca me lo contaste —le dice. Aunque no es un reproche, suena como tal.

Álex va a sentarse en uno de los taburetes de la barra mientras Paula se acomoda en el sofá de dos plazas. A pesar de que le gustaría estar más cerca de ella, no quiere incomodarla. Apoya los talones en los laterales del taburete y se frota la nuca, nervioso.

—Ninguno de los dos quería hablar de desgracias durante aquellas noches, Paula — replica, tratando de explicarse lo mejor posible—. Disfrutábamos de unas horas mágicas y todo lo que nos importaba eran los sueños, las cosas que queríamos hacer, los sitios que anhelábamos visitar... El resto estaba fuera de lugar. Tú tampoco mencionaste la enfermedad de tu padre.

Ella asiente, comprendiendo lo que dice, sabiendo tan bien como él que en las horas compartidas solo había hueco para la felicidad.

—¿Quieres tomar algo? Tengo refrescos y cerveza —le ofrece, en un intento por distender el ambiente.

—Una cerveza me vendrá bien.

Coge una lata de la nevera y una coca-cola para él. No le gusta beber cuando va a conducir y no está demasiado seguro de que Paula no intente huir de nuevo. Ha vuelto a quedarse contemplando el suelo como si fuera lo más interesante que ha visto en la vida.

—No sé si debería estar aquí —murmura en voz baja, aunque él la escucha a la perfección. Álex suspira.

—Probablemente no —señala—, eres la primera chica que traigo a esta casa.

Paula le devuelve su atención, clavándole una mirada interrogante.

—¿Blanca no ha estado nunca aquí? —inquire, y él niega.

—La relación entre tu hermana y yo es... bastante particular.

Es una explicación simplista y que se puede interpretar de muchas maneras, pero no quiere hablar de eso, al menos no todavía. Sea como sea, Paula tampoco le exige ninguna aclaración.

—¿Por qué no viniste? —se decide a preguntar por fin, esperando que ella le dé una excusa convincente. Cualquiera cosa que no sea un «no me interesas».

Ella parece dudar. Abre la boca, pero vuelve a cerrarla.

—Está bien, no me lo digas —tercia Álex—, pero deberías saber que estuve esperándote hasta el amanecer. —Paula agacha la cabeza, pero él, ahora que ha abordado la cuestión, no piensa detenerse. Inspira profundamente antes de proseguir—. Conocí a Blanca después de nuestro primer encuentro. La verdad es que te echaba de menos, me hubiera gustado tener un teléfono al que llamar o alguna pista de dónde poder encontrarte, y ella... Ella me recordaba a ti.

Álex ríe con cierto cinismo; ahora que sabe que Blanca y Paula son hermanas, la extraña sensación se ha convertido en una realidad.

—No nos parecemos en nada —interviene Paula, disgustada por la comparación—. No intentes venderme que sales con ella porque te recuerda a mí. Eso no hay quién se lo trague.

Hay amargura en su voz, y Álex puede entender que no se crea nada de lo que le dice; después de todo, ha descubierto la verdad de la peor de las maneras.

—Lo sé —admite. Es muy consciente de que Blanca y ella son como el día y la noche—. Pero es lo que sentí en aquel momento. Tal vez solo quisiera encontrar lo que sabía que no podía tener.

Se encoge de hombros. Si se para a pensarlo, tampoco tiene muy claro qué fue lo que le empujó a los brazos de Blanca.

—Nos veíamos de vez en cuando. Una cosa llevó a la otra y...

—¿Tú te crees que soy imbécil? —lo interrumpe—. Además, ni siquiera sé por qué me estás contando esto.

—Quiero que lo entiendas, Paula.

Ella sonríe, aunque no es una sonrisa amable.

—No somos nada, Álex. Solo un par de noches y mucho sexo —afirma, aunque la voz le

tiembla al decirlo.

—Somos mucho más que eso.

Paula se pone en pie, decidida a marcharse.

—Has estado con Blanca todo este tiempo, digas lo que digas. Estabas con ella la segunda vez que nos vimos y estás con ella ahora.

—¡Quieres dejar que te lo explique! —le ruega, elevando sin querer el volumen de su voz.

Pero ella niega.

—No tienes por qué. Vas a seguir con mi hermana y yo me iré en cuanto mi padre me diga que está bien. ¡Y no habrá más jodidas noches de San Juan! —concluye, también gritando.

Trata de detenerla, pero Paula alcanza la puerta de entrada antes de que logre llegar hasta ella, y Álex hace, por segunda vez en cuestión de horas, lo único que se le ocurre: volver a besarla.

7

El beso pilló a Paula tan desprevenida como el anterior y no hace amago alguno de resistirse. Álex la acorrala contra la puerta, encerrándola entre sus brazos y presionando con su cuerpo para evitar que escape. Su lengua irrumpe en la boca de ella sin compasión, arrastrándola, cegándola por unos instantes, hasta que consigue reaccionar.

Lo empuja con firmeza y, aunque él lucha para no separarse, al final termina por ceder.

—¡Quieres dejar de hacer eso! —le grita en plena cara.

—¡Pues deja tú de salir corriendo!

Álex aprieta los labios y cierra los ojos. Ella suspira, a sabiendas de que él se ha arrepentido en el acto de replicarle también a gritos. Su corazón late desbocado, como si tratara de recordarle lo que Álex le hace sentir con su sola presencia.

—Tienes que dejar de besarme, Álex —repite, esta vez más calmada.

Están a apenas unos centímetros de distancia. Sus alientos se entremezclan y a Paula la piel de las manos le hormiguea, exigiendo que lo toque de nuevo. Pero tiene a Blanca demasiado presente y es consciente de que no puede dejarse llevar, aunque tampoco se ve capaz de resistir si él intenta besarla de nuevo.

—No puedo —repite Álex, en voz tan baja que ella no sabe si es eso lo que ha dicho—. No quiero —añade, mirándola con tanta intensidad que sus rodillas amenazan con no sostenerla.

Continúan observándose en silencio, inmóviles. Ambos saben que cualquier movimiento puede desequilibrar ese extraño pulso que mantienen consigo mismos. Los ojos de Paula recorren cada línea del rostro de Álex, unas líneas tan familiares para ella que sigue sin entender cuándo se convirtieron en cómplices de la locura, entregándose a una persona con la que solo han compartido unas pocas horas de su vida.

El teléfono de Paula comienza a sonar dentro de su bolso, desbaratando lo que quiera que empezaba a tomar forma entre ellos.

—Tengo... Tengo que cogerlo.

Él asiente y le da espacio. Regresa al salón rezando por que ella no aproveche para largarse del apartamento. Sin embargo, por primera vez, Paula no está pensando en huir. No está pensando en nada que no sea él y el sabor de sus besos.

—¿Blanca?

—Soy Olga. Ella está... *indispuesta*. Se queda a dormir en mi casa.

La amiga de su hermana es más diplomática de lo que esperaba. Paula sabe que, en realidad, Blanca debe estar como un cuba.

—No te preocupes —le dice—. La cubriré con mi padre.

El gesto de buena voluntad la sorprende incluso a ella. Hay un breve silencio antes de que Olga vuelva a tomar la palabra.

—¿Te ha llevado Álex a casa?

—No, estoy con unos amigos —miente, sin saber muy bien el motivo—. Dile a Blanca que me llame por la mañana.

Tras despedirse, devuelve el móvil al interior del bolso.

—Está borracha, ¿no? —inquire Álex, cuando Paula acude a sentarse de nuevo al sofá.

—Sí.

Un suspiro resignado escapa de los labios del chico y Paula no puede evitar preguntarse por qué continúa saliendo con su hermana cuando parece obvio que entre ellos no hay lo que se dice una relación cariñosa. Quiere preguntar, pero teme conocer la verdad, como casi todo lo que tiene que ver con él.

—Puedes quedarte a pasar la noche aquí si quieres —le ofrece Álex, y se apresura a añadir—: Duerme en mi habitación, yo lo haré en el sofá.

Ella niega, a pesar de que la idea de que ambos pasen la noche bajo el mismo el techo le atrae mucho más de lo que le conviene.

—No creo que sea lo mejor.

—No volveré a besarte —promete él, desesperado por que se quede, y Paula no puede evitar echarse a reír—. ¿Qué? ¿No me crees? —se queja, con fingida indignación y adorando el sonido de su risa sincera.

—Has dicho que no podías, que no querías dejar de hacerlo.

—Y no quiero, Paula —replica Álex, mirándola a los ojos—. Quiero besarte en este mismo instante, y al siguiente. Quiero besarte toda la noche y mañana por la mañana. Pero si me aseguras que no vas a marcharte mientras duerma, yo cumpliré mi parte del trato.

—¿No me besarás?

—No lo haré —confirma él, con total sinceridad a pesar de saber cuánto va a costarle no quebrantar esa promesa.

La promesa despierta en Paula sentimientos contradictorios, pero... es lo que quería, ¿no?

Al final, acepta pasar la noche con él, diciéndose que lo mejor será decirle a su padre que Blanca y ella han dormido en la casa de Olga para no tener que coger el coche tan tarde. Ya se ocupará de que su hermana encubra la mentira si no quiere que se sepa el estado en el que ha acabado la fiesta.

Sin embargo, la verdad es otra, y es que Paula también quiere besar a Álex. Como si su cuerpo se mantuviera al margen de la situación real en la que se encuentran, anhela cada una de las emociones que ha despertado en ella desde aquella primera víspera de San Juan en la que se conocieron. Esas noches en las que las hogueras arden, se quema lo viejo, se formulan deseos y la magia lo envuelve todo. Las mismas en las que ellos solían arder también. Y, a pesar de que Paula siempre ha creído que las relaciones más sólidas se construían con el tiempo, día a día, no deja de pensar en por qué parece incapaz de renunciar a ese chico.

No sabe que hay una clase de amor en la que una única chispa puede dar lugar a un fastuoso incendio; que hay quiénes tardan meses o años en verse de verdad y otros a los que les basta una simple mirada. Hay amores irracionales, no menos duraderos o intensos, aunque normalmente sí más complicados. Amores mágicos... como el suyo.

8

—Puedes ponerte esto. —Álex le tiende una camiseta doblada y ella parpadea, volviendo al presente.

Están en su dormitorio, una habitación pequeña pero acogedora. Hay una tabla de surf apoyada contra una de las paredes, otra está ocupada por la cama y la tercera por el armario. Apenas queda espacio libre, pero todo está limpio y ordenado.

Paula toma la prenda de entre sus manos sin percibir el temblor de estas. Álex quiere que continúen hablando, necesita explicarle el cómo y el porqué de lo sucedido, y sobre todo confesar que, sea o no una locura, no quiere volver a renunciar a ella. Se convence de que se conformaría incluso con una noche al año si eso es todo lo que ella puede ofrecerle, pero no sabe cómo abordar la conversación.

—He dejado a Blanca esta noche —escupe sin miramientos, y esboza una mueca compungida al comprender la bomba que ha soltado.

—¿Que tú qué? ¿Cuándo? ¿Por qué? —se lanza a preguntar Paula, repentinamente nerviosa.

—La he dejado esta noche. Debería hacerlo hace mucho.

Paula vuelve a negar. La culpabilidad la hace retroceder hasta que el borde de la cama se le clava detrás de las rodillas y se deja caer sobre el colchón. ¿Qué motivos le habrá dado Álex? ¿Habrá mencionado lo suyo? Siente alivio, esperanza y rechazo a partes iguales. Y también miedo, aunque no quiera admitirlo ni siquiera ante ella misma.

—Estás loco. —Es todo cuanto se le ocurre decir.

Álex apoya la espalda contra la puerta y la hace resbalar hasta quedar sentado en el suelo. No quería que las cosas fueran así.

—Tras nuestra segunda noche de San Juan, estaba convencido de que lo mío con Blanca no tenía sentido alguno —le explica, derrotado—. No voy a ser tan hipócrita como para decir que no me gustaba, pero no encajábamos. Nos faltaba algo —añade, y se calla que eso que les faltaba creía haberlo encontrado en otra persona, en ella—. Pero entonces tu padre enfermó. Nunca había visto a Blanca tan preocupada. Estaba desolada, lloraba cada dos por tres... Sé que, conociéndola, te resultará difícil de creer, pero estaba muy mal.

Paula recuerda aquellos días, cuando Maika la llamó para informarla de que a su padre le habían detectado un cáncer, aunque él se lo hubiera prohibido expresamente; no quería que se preocupase. Ella viajó hasta Mallorca en cuanto le fue posible. Recuerda también haber visto a su hermana muy desmejorada. Blanca y ella no se llevaban bien, pero en aquel momento establecieron una especie de pacto de no agresión que sin duda las ayudó a afrontar el largo proceso por el que pasó su padre. La tregua finalizó en cuanto Paula volvió a marcharse.

—Sé muy bien lo que es perder a tus padres —confiesa Álex, y la voz se le quiebra a mitad de la frase—. Podía imaginarme el miedo que tenía Blanca...

Paula se estremece al escucharlo. No quiere plantearse esa posibilidad siquiera. Ahora que la sombra de la enfermedad planea de nuevo sobre su familia, la sensación de abandono con la que siempre ha convivido se ha vuelto más intensa que nunca.

—Así que me quedé junto a ella —prosigue, con la mirada fija en sus zapatillas—. Antes

de la noche de San Juan del año pasado creía que todo volvía a estar bien y buscaba la manera de decirle a Blanca que no podíamos seguir juntos, pero cada vez que intentaba sacar el tema ella se encerraba en sí misma y decía que yo era lo único que la hacía sentirse menos sola.

No levanta la cabeza mientras habla. Álex es consciente de que su explicación suena a una excusa poco creíble y bastante cobarde por su parte. Pero él siempre ha tenido muy presente la ausencia de sus padres, ni siquiera cree haberse acostumbrado del todo a que ya no están ni estarán jamás a su lado. La posibilidad de que Blanca perdiera al suyo lo aterraba como si se tratara de su propia familia.

—¿El año pasado? —inquire Paula, confusa—. Mi padre ya se había recuperado para entonces.

—No, estaba aún en pleno tratamiento —repite Álex, alzando la barbilla para mirarla—. Tu hermana me lo dijo.

Paula guarda silencio y hace cálculos mentales. No, es imposible, recuerda a la perfección la noche de San Juan de dos mil quince; no podría olvidarla, porque estuvo con él. Luego pasó varios días en su casa antes de reemprender el regreso, y está segura de que su padre ya estaba bien. Si Blanca le dijo eso a Álex, no fue sincera con él.

Niega con la cabeza, convencida de que no está equivocada. El gesto hace que Álex caiga en la cuenta de lo que eso supone.

—Me mintió —murmura, atónito—. Me mintió —repite, sin poder creerse que Blanca haya sido capaz de caer tan bajo.

Álex dobla las rodillas y agacha de nuevo la cabeza, escondiéndola entre ellas; enfadado y frustrado a partes iguales aunque él fue el primero en engañarla. Tal vez se lo mereciera, quizás ha sido el karma asegurándose de que pagaba por sus propias mentiras.

—Álex —murmura Paula, pero él no se mueve y es ella la que se acerca.

Se acucilla frente a él y pone una mano sobre su brazo.

—Álex —lo llama una vez más, consiguiendo que la mire.

Si bien, no sabe qué decir. Ambos permanecen en silencio, contemplando los ojos del otro y percibiendo la calidez de ese tímido contacto. Los minutos que transcurren a continuación están repletos de palabras por decir que ninguno se atreve a pronunciar.

Álex está enfadado y dolido, y Paula ni siquiera termina de creerse que su hermana empleara la enfermedad de su padre para manipularlo. Nunca hubiera esperado que llegase hasta ese extremo para conservar a un chico. Es mezquino, incluso tratándose de Blanca.

—Deberías dormir —sugiere ella, dándole un leve apretón en el brazo.

De repente Álex parece exhausto, y ella no quiere verlo así. Para Paula siempre ha sido ese chico con sonrisas y hoyuelos, cuya mirada brillante conseguía hacerle soñar; el que reía a carcajadas mirando las estrellas y le hablaba del mar de forma apasionada. Pero en este momento no hay arruguitas de felicidad en torno a sus ojos y la curva de sus labios ha desaparecido.

—Debes estar cansada —comenta él, permitiéndose acariciarle la mejilla con la punta de los dedos.

El cuerpo de Paula vibra. No es capaz de entender por qué Álex es capaz de provocarle ese tipo de sensaciones. No comprende lo que hay entre ellos ni qué se supone que debe hacer con esos sentimientos. Ella se marchará en muy poco tiempo y ahora ya no se ve con fuerzas de encontrarse con él una única noche al año. Y, por supuesto, no abrirá su corazón para luego ver cómo, simplemente, lo abandonan.

—Sí, lo estoy —comenta, retirándose.

La mano de Álex cae y él asiente, muy serio.

—Siéntete como en tu casa —señala él, antes de mirarla por última vez y marcharse en dirección al salón.

En realidad, Álex ha tenido que obligarse a sí mismo a abandonar la habitación, sabedor de que no habrá forma de que pegue ojo en toda la noche con Paula durmiendo a pocos metros de él, en su cama, con sus sábanas envolviendo las curvas de su cuerpo y su melena castaña esparcida sobre la almohada, impregnándolo todo con su aroma a jazmín. Esta será una noche muy larga para él.

Solo que también lo será para ella. Vistiendo una camiseta que huele a él, se acurruca sobre el colchón y no puede evitar aspirar el olor de Álex que lo llena todo. Se lo imagina tumbado ahí, noche tras noche, quizás soñando con ella en alguna ocasión. Da vueltas en la cama, preguntándose qué pasaría si pagara ahora la deuda que dejó pendiente la última víspera de San Juan. Hubiera ocurrido de todas formas, ¿no? Ella se habría presentado si hubiera podido, se hubieran amado durante unas horas, susurrado nuevos y antiguos sueños, repartido besos... Y con la llegada del amanecer, Paula habría huido de nuevo, dejando atrás, sin quererlo y sin saberlo, otro pedazo de su corazón.

Las horas pasan, los minutos se descuelgan perezosos del reloj, y ninguno de los dos quiere ni puede conciliar el sueño. Sin embargo, es Paula, la chica a la que tanto le gusta huir, la que finalmente decide ir al encuentro de Álex.

9

Camina de puntillas por el pasillo, guiándose tan solo por la luz tenue que se cuela desde el exterior, proveniente de las farolas de la calle. Su paso es vacilante y a punto está de darse la vuelta en varias ocasiones. No lo hace. Cuando quiere darse cuenta se encuentra de pie en la entrada del salón, contemplando el cuerpo inmóvil de Álex. Está tumbado boca arriba en el sofá, que se ha convertido ahora en una cama, cubriéndose con un brazo la cara y arropado hasta la cintura. No lleva camiseta, y Paula se siente libre de observar su pecho y la curva de sus hombros, la misma que ha marcado a besos lo que para ella son demasiadas veces.

—Ven aquí, anda —le dice Álex, sobresaltándola.

La ha oído llegar incluso con el cuidado que ha mostrado para no hacer ningún ruido, y también ha percibido la caricia de sus ojos sobre la piel.

Paula abre la boca para protestar, pero se da cuenta de que, en realidad, no quiere hacerlo. Lo que de verdad desea es acostarse a su lado y esconder el rostro en el hueco de su cuello.

Y eso es precisamente lo que hace.

Una vez que se acomoda junto a él, Álex deposita un beso sobre su pelo y la estrecha con fuerza. Con ella entre sus brazos, no puede evitar recordar una estrofa de *Quédate*, de Funambulista.

*Quédate, será segunda parte que ha salido bien.
Vendrán veranos largos y otro amanecer
Eterno de contar estrellas.*

Siempre le ha gustado esa canción, y eso es precisamente lo que quiere: poder contar estrellas con Paula noche tras noche y que su verano dure para siempre.

No se dicen nada, pero incluso así su cercanía y la intimidad del momento parece algo natural entre los dos, fácil y cómodo para ambos. Poco después,, refugiados el uno en el otro, caen presa de un sueño sereno.

Al amanecer, Paula salta de la cama en cuanto se despierta. De repente, a la luz del día, todo parece distinto: su camiseta demasiado corta, la complicidad inadecuada, y Álex y ella mucho más extraños que hace unas horas. Es un sentimiento ilógico, pero no puede evitar correr a encerrarse en el baño. Se ha reunido con él durante tres años para mantener relaciones sexuales y ahora le aterra mirarlo a los ojos después de pasar la noche durmiendo juntos. No sabe cuánto tiempo lleva atrincherada cuando unos golpes resuenan en la puerta.

—¿Paula?

Inspira y espira varias veces, hasta que reúne el valor para abrir y encontrarse a Álex, despeinado pero sonriente.

—Emm... No sé lo que te gusta desayunar —le dice, frotándose la nuca avergonzado.

La imagen adorable de este Álex tímido le arranca una sonrisa, y la inquietud que siente comienza a evaporarse. Nunca han desayunado juntos, esta será su primera vez.

Paula aparta sus temores a un lado antes de contestar:

—Lo que tengas estará bien siempre que lo acompañes con una taza de café.

Él asiente, más relajado. Sus ojos descienden para contemplar las piernas de Paula y permanece observándolas hasta que ella carraspea.

—Hay toallas en el armario si quieres darte una ducha —comenta. Alza la barbilla y le dedica una dulce sonrisa de disculpa.

A ella le es imposible tomárselo a mal. También le cuesta mantener los ojos alejados de los músculos de su abdomen, perfilados y fibrosos pero sin resultar excesivos, o del color esmeralda de sus iris, que brillan con intensidad.

—Iré a preparar el desayuno.

Tras su marcha, Paula acepta la sugerencia y se da una ducha rápida antes de vestirse con su ropa. Vuelve a pensar en Blanca y se pregunta cómo habrá recibido la decisión de Álex de terminar la relación. Él no ha dicho mucho más al respecto.

«¿Y ahora qué?», se plantea, mirándose en el espejo mientras intenta por todos los medios domar las ondas de su melena castaña.

Que Álex y su hermana ya no estén juntos no tiene por qué significar ningún cambio en su vida, pero no puede evitar recordar las noches que han pasado el uno perdido en el otro, todos esos sueños lanzados a las estrellas mientras el aire olía a humo y a magia. Sin embargo, Paula es consciente de que cuando llegue el momento se marchará, aunque tenga que esforzarse para no mirar atrás. Esa fijación enfermiza por escapar de todo lo que resulte una atadura se ha forjado a fuego lento durante muchos años, y ella está convencida de que es la mejor forma para evitar un nuevo abandono.

Quizás, si su madre no se hubiera marchado siendo Paula apenas un bebé, abandonándolos. Si su padre no se hubiera casado de nuevo tan pronto y le hubiera dado una hermana que robó las atenciones que hasta entonces ella recibía. Si entre ellas se hubiera establecido una relación sana y no una basada en la competitividad. Tal vez entonces, Paula se plantearía descubrir hasta dónde podría llegar lo suyo con Álex. Pero el pasado siempre deja una huella en nosotros, y la de Paula es demasiado profunda y dolorosa.

Suspira y abandona el baño, luchando por no llevarse esos pensamientos con ella. El aroma a café recién hecho la atrae de forma irremediable hasta la cocina. Al llegar allí, se encuentra a Álex frente a la vitrocerámica, ataviado con un delantal. La imagen resulta tan cómica como *sexy*.

—¿Tortitas? —pregunta ella, situándose a su lado y observando cómo agita la sartén.

—En realidad, son crepes con Nutella y nata montada —la corrige—. Te gusta el chocolate, ¿no?

Ella asiente. El chocolate es una de sus debilidades.

—No sé si seré capaz de comerme uno de esos tan temprano.

Álex esboza una sonrisa ladeada. Vacía la sartén sobre un plato y lo coloca todo sobre la barra.

—Podrás —asegura, confiado—, en cuanto lo pruebes suplicarás pidiendo más.

Ella ríe.

—¿Seguimos hablando del desayuno? —pregunta, con picardía, sin creerse que esté coqueteando con él de forma tan descarada.

Le resulta extraño a pesar de la intimidad compartida. No obstante, una gran sonrisa se instala en su rostro mientras se sitúa al otro lado de la barra y toma asiento.

Álex no contesta. Extiende el chocolate sobre la masa y lo corona con una montaña de nata. Tras cortar un trozo y pincharlo con un tenedor, se lo ofrece a Paula. Ella abre la boca y permite

que lo desliza sobre su lengua. Se le escapa un vergonzoso gemido de satisfacción en cuanto el sabor de la Nutella se mezcla con el de la nata contra su paladar. Está exquisito, mucho mejor de los que ha probado en cualquier crepería.

Álex asiente, orgulloso de sus dotes culinarias y, sobre todo, de la expresión que luce Paula en ese instante. Se recrea en su rostro, observándolo con atención, como si fuera una valiosa obra de arte. Siempre ha creído que era preciosa, pero esta mañana, después de pasar la noche durmiendo a su lado, le resulta incluso más atractiva. Tiene el pelo alborotado y una onda le cae sobre la mejilla. Su brazo se estira en un acto reflejo para retirar el mechón y ella responde al gesto alzando la cabeza y sonriendo, sin rastro de incomodidad. Para cuando Álex quiere darse cuenta, está pasando un dedo sobre su labio inferior para retirar un resto de chocolate. Paula se estremece con la caricia.

—Tenías... —comienza a decir, pero ella lo está mirando tan fijamente que se le olvida incluso seguir hablando.

Ambos se observan sin la aparente cautela que han mantenido hasta ahora. Se contemplan con los ojos sinceros de quien ha visto al otro sin ropa y sin inhibiciones, al desnudo; tal vez, más ellos mismos que nunca.

Esta vez es Paula la que toma la iniciativa. Sus dedos ascienden con lentitud por su brazo, su hombro y llegan hasta su cuello, donde dibuja espirales empleando solo las yemas, consiguiendo que a Álex se le erice la piel de todo el cuerpo y arda en él el mismo mágico fuego de cualquier noche de San Juan. Si bien, en esta ocasión lucha para que no lo consuma y espera pacientemente a que sea ella la que lo bese. Sabe que, si lo hace, el incendio se volverá incontrolable.

Cuando Paula por fin se inclina y presiona los labios contra los de él, la sensación lo desborda. Álex comprende entonces que, aunque termine reducido a cenizas, ya ha decidido que quiere quemarse en las llamas que esa chica provoca en él. Es demasiado tarde para echarse atrás.

10

Los dos se olvidan del desayuno. Les resulta imposible prestar atención a otra cosa que no sean los labios del otro, sus gestos, la respiración acelerada y sus miradas anhelando encontrarse. Álex tira de Paula y la coloca sobre su regazo, tan cerca como puede, y aun así le resulta insuficiente. Acoge su rostro entre las manos y deposita un beso sobre la punta de su nariz con reverencia.

La dulzura del gesto desarma las defensas de ella. No, no son solo dos personas deseando sus cuerpos. Hay más. Tal vez sea la magia de San Juan la que los envuelve, tal vez la de un incipiente amor que podría echar raíces y anclarse en sus corazones, quién sabe...

Paula sonríe y ataca sus labios, mordisqueándolos y mostrando la misma satisfacción que al degustar la comida que él le ha preparado. Aunque su sabor le resulta mucho más exquisito. Deja que sus dedos se hundan en el pelo de Álex, mientras él aferra sus caderas y gime. Ladea la cabeza para profundizar el beso. Sus lenguas chocan, se tientan, y juegan a encontrarse y perderse, acelerando los latidos de sus respectivos corazones.

Desnudarse se convierte en ese momento en la única posibilidad que les queda, y los dos son conscientes de ello. Se ponen de pie y las prendas van cayendo al suelo al ritmo que marcan las manos del otro. Paula tantea su cinturón hasta conseguir desabrocharlo, y luego procede igual con los vaqueros. Álex, por su parte, se deshace de la blusa de ella, dejando a la vista un sujetador blanco de encaje que contrasta con el dorado de su piel.

—Eres preciosa —le dice, a pesar de que encuentra el halago insuficiente. Para él, Paula es mucho más.

Acto seguido, recorre su clavícula dejando un rastro de besos, cálidos y tan familiares como lo es él en ese instante, y ella se pregunta cómo hará para renunciar a ese chico, cómo podrá dejarlo atrás de la misma forma en que ha dado la espalda a todo en su vida hasta ahora.

Pero él no le da tregua. Se inclina sobre su pecho y repasa con la lengua la línea que marca el encaje de su sujetador, provocándole un escalofrío de placer. No tarda en alzarla y las piernas de Paula se enlazan en torno a sus caderas. Álex se mueve y la sitúa contra la pared, volviendo a concentrarse en su pecho.

Cubiertos únicamente por su ropa interior, se dejan llevar por el deseo. Se regalan todos los besos que se han negado hasta ahora, y las caricias pendientes que no habían llegado a su destino se convierten en realidad. Álex no puede creer que la tenga ahí, entre sus brazos y en su propia casa, y no piensa desaprovechar la oportunidad. La siente más suya que nunca.

—Eres mi chica de San Juan —asegura entre jadeos, aunque para él la noche de las hogueras dure trescientos sesenta y cinco días al año.

Su boca asciende hasta su cuello, besando la piel que encuentra a su paso, saboreándola, y Paula se estremece con el contacto. Comprende lo mucho que ha echado de menos entregarse a él, olvidarse de sus miedos y saber que puede pertenecer a algún lugar, aunque solo sea por unas horas.

Álex la deposita en el suelo sin dejar de acariciarla y ella lo toma de la mano para llevarlo al dormitorio. Sus cuerpos tiemblan, ansiosos. Él camina tras sus pasos y, una vez junto a la cama, no permite que se dé la vuelta. Retira su pelo y besa su nuca, provocando que Paula arquee la espalda y se roce contra su erección.

—Joder, Paula —murmura él, cada vez más excitado.

Desabrocha su sujetador, que cae al suelo, y acuna sus pechos con las manos, mientras que sus labios parecen negarse a abandonar su piel.

Paula contiene la respiración cuando Álex comienza a acariciar sus pezones. Está desesperada por sentirle dentro, muy dentro, tanto como sea posible. Llenándola por completo y moviéndose sin descanso. Álex conoce su cuerpo tan bien que está lista para recibirlo, pero él quiere alargar el momento lo máximo posible. No sabe qué ocurrirá luego, si tal vez la promesa de una noche de San Juan pueda convertirse en algo más o todo acabará ahí, tan rápido como empezó.

—Te echo de menos —susurra él, porque incluso ahora, teniéndola tan cerca, la incertidumbre del mañana hace que no pueda evitar sentirse así.

Con suavidad, la tumba sobre el colchón y no reprime el impulso de observarla. Jamás creyó poder tenerla entre sus sábanas, despeinada y jadeante, y la visión le resulta embriagadora.

—¿Piensas quedarte ahí de brazos cruzados? —le sonríe ella, con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados por sus besos.

—Ojalá pudiera —replica él para sí mismo.

Se arrodilla ante la cama y desliza los dedos bajo el elástico de sus braguitas. Apenas unos segundos más tarde, la prenda se reúne en el suelo con su propia ropa interior. Álex le acaricia la cara interna de los muslos mientras se llena los ojos de ella. Se acerca para probar su sabor y Paula gime, al límite, lo que solo consigue que Álex imprima mayor intensidad a los movimientos de la lengua sobre su sexo y la devore sin pausa hasta conseguir que alcance el clímax.

—Álex —jadea ella, abrumada por las oleadas de placer que la sacuden.

Escucharla decir su nombre agita algo en su interior. Quiere oírla siempre, cada día. No quiere conformarse con unas pocas horas o una única noche. Comprender eso convierte la mente de Álex en un torbellino y el deseo lo abrasa por dentro. Justo cuando va a hundirse en ella, Paula lo detiene.

—¿Y el preservativo? —inquire, mirándolo a los ojos.

—Estoy limpio —afirma él—. Me he hecho pruebas y no estoy con nadie desde la noche de San Juan de dos mil quince. Tú fuiste la última.

Paula frunce el ceño, sin terminar de creérselo.

—¿Y Blanca?

Álex niega con la cabeza y esboza una sonrisa.

—Le vale con mantener las apariencias. —Se coloca entre sus piernas, pero no la penetra—. Podía haber habido muchas, pero no ha sido así, ni siquiera ella —murmura junto a su oído, casi con devoción—. Es a ti a quien deseaba, y quiero sentirte... sentirte de verdad. Llevo deseándolo desde hace mucho.

El asombro es patente en la expresión de Paula, que no sabe qué decir.

—Solo un momento, por favor —le ruega—. Puedo enseñarte las pruebas si quieres.

A ella le da por reír, quizás por los nervios o tal vez por el nivel de compromiso al que ha llegado Álex consigo mismo. En el fondo, su actitud le preocupa aún más. Es obvio que Álex no la ve como algo pasajero.

Pero no quiere pensar en eso ahora. Rodea sus caderas con las piernas y lo invita a continuar. Él no se lo piensa dos veces. La penetra por completo de una sola embestida y ambos dejan escapar un gemido.

—Estoy tomando la píldora —jadea Paula, sonriendo. También ella ha hecho los deberes.

En esta ocasión, el sorprendido es él. Pero rápidamente su expresión es devorada por otra muy distinta: hambre. Hambre de ella y de sus labios, de su cuerpo e incluso de su alma. No quiere menos. Captura los labios de Paula entre los suyos y los mordisquea mientras no deja de moverse, entrando y saliendo de ella con lentitud, disfrutando de cada roce, de cada sensación. Se toma su tiempo a pesar de que sabe que, si se deja ir, podría acabar en ese mismo instante. Paula lo provoca de una manera en la que ninguna mujer ha podido hacerlo jamás.

Danzan y arden como lo harían las llamas del fuego que los reunió por primera vez. Se besan y se acarician. Cada segundo más cerca del final, rozándolo pero sin querer llegar a él por si acaso se pierden al terminar.

Álex se sienta en el colchón y Paula se sube a horcajadas sobre él, dejando caer la cabeza hacia atrás, presa del placer que le produce tenerlo en su interior. Él recorre su pecho con la lengua mientras permite que sea ella la que lo tome, la que lo posea, y esa visión le hace perder el control. Clava los dedos en sus caderas y el gesto es suficiente para que Paula aumente el ritmo de sus movimientos, hasta que los dos explotan y se derrumban el uno sobre el otro, exhaustos y temblorosos.

Permanecen así durante un rato, refugiados en unos brazos que nunca, jamás, podrán volver a resultarles extraños.

Más tarde, se tumban de lado en la cama sin decir nada, observándose en un silencio reconfortante. Álex se queda dormido pocos minutos después, sonriente y sereno, mientras que Paula no puede dejar de observarlo, preguntándose cuántos días más le quedan antes de que se vuelva imposible huir.

11

La niña abandonada, esa repleta de miedos que vive en el interior de Paula, hace acto de presencia no mucho más tarde, cuando Álex continúa durmiendo, ajeno a todo. Muy despacio, Paula se desliza sobre las sábanas y sale de la cama. Recoge su ropa interior y se la pone, recordando que el resto está tirada en el suelo de la cocina. De repente solo piensa en salir de esa habitación y de la casa de Álex.

Sin mirar al chico que yace dormido a su espalda, abre la puerta muy lentamente, traspasa el umbral y, con el mismo cuidado, vuelve a cerrarla. Apoya la frente sobre la madera y permanece unos segundos con los ojos cerrados, maldiciendo en silencio por lo que está a punto de hacer.

—No creí vivir para ver a una chica abandonar a hurtadillas el dormitorio de mi hermano.

Paula se da la vuelta con rapidez, tan sorprendida que ni siquiera cae en la cuenta de que está prácticamente desnuda. Jaime le sonríe desde la entrada del baño. Tiene el pelo más rubio que su hermano pero también más corto, y es igual de alto. Todo lo que lleva puesto es un pantalón de deporte corto que deja al descubierto un cuerpo tan trabajado como el de Álex. Aunque en cuanto se concentra en su rostro, distingue en él una expresión mucho más dura, menos dulce que la de su hermano pequeño.

—Tú debes ser Paula —comenta, al ver que ella no dice nada, y su mirada la repasa de arriba abajo con descaro.

Ahora que la conoce en persona entiende en cierta medida por qué Álex se ha pillado tanto por ella, y no es solo debido a que la esté viendo en ropa interior, encajes incluidos. Cualquier mujer capaz de largarse de esa forma del cuarto de un tío después de haber pasado la noche con él, representa un verdadero reto. Pero, además, le basta con mirarla unos segundos a los ojos para comprender que es la clase de chica por la que uno pierde la cabeza, sin medias tintas. Sabe de lo que habla.

Su exhaustivo examen consigue que Paula advierta por fin que le falta ropa.

—Un segundo —repone, y sale corriendo en dirección a la cocina.

En realidad, está muerta de vergüenza y se ha sonrojado hasta la raíz del pelo, pero le puede la curiosidad. ¿Cómo sabe Jaime quién es ella?

—¿Café? —escucha a su espalda cuando todavía se está peleando con los vaqueros.

Jaime la ha seguido. Paula termina de abrocharse los pantalones y se gira.

—¿Cómo sabes...?

—¿... quién eres? —la interrumpe, y ella asiente. Comienza a ponerse las sandalias a la espera de que él le dé una explicación—. Tómame un café conmigo y te lo cuento —propone, y sus labios se curvan en una sonrisa. También él siente curiosidad.

Pero Paula lanza una mirada rápida en dirección a la puerta y niega. Álex podría despertarse en cualquier momento y ella necesita salir de ahí.

Jaime reflexiona durante unos segundos.

—¿Tienes forma de volver a casa?

—Pensaba llamar a un taxi —replica ella, calculando mentalmente la pequeña fortuna que le va a costar el paseo.

—Dame un minuto —le dice él, y sale de la cocina.

Para cuando regresa, Paula ya está lista para emprender la huida. Jaime se ha vestido también y sujeta unas llaves entre los dedos.

—Te llevo.

Su tono deja claro que no acepta un *no* por respuesta.

—No hace falta —se apresura a contestar ella, pero Jaime ya está junto a la entrada, cediéndole el paso con un gesto galante.

—No va a haber quien aguante a Al cuando vea que lo has dejado tirado —afirma, divertido—. Me matará si al menos no me aseguro de que llegas bien.

Paula ladea la cabeza para observarlo. Es obvio que la idea de que salga pitando de su casa le entusiasma, pero hay algo que no entiende.

—¿Por qué no lo despiertas para avisarlo de lo que estoy haciendo?

Jaime se cruza de brazos y su sonrisa se transforma, adquiriendo un matiz compresivo.

—No pareces la clase de mujer a la que se pueda retener si no quiere quedarse —señala—. Si yo fuera mi hermano, desearía que quisieras quedarte por propia voluntad, así que voy a dejarte hacer lo que creas que debes hacer.

—Gracias —le dice ella, pasando a su lado.

Jaime suelta una carcajada.

—No me las des. Si conozco bien a mi hermanito, irá a buscarte cabreado como una mona.

Paula se frota las sienes mientras descienden juntos en el ascensor hasta el garaje por el que accedieron Álex y ella la noche anterior. La tranquilidad de Jaime la pone nerviosa y espolea más si cabe su curiosidad. ¿Cuánto sabe de ella y de la relación con su hermano?

Sin embargo, al llegar al garaje, no puede evitar preguntar algo que nada tiene que ver con sus dudas:

—Una cosa... ¿Lo has llamado Al?

Él responde con otra carcajada.

—Y es probable que me mate también por eso. De una forma u otra, parece que vas a conseguir que tengamos una crisis familiar —bromea, abriéndole la puerta de un Suzuki Vitara blanco.

No es hasta que ambos están sentados y el coche asciende por la rampa del garaje para salir a la calle que Jaime toma la palabra de nuevo.

—Por el bien de mi hermano, espero que este follón que os traéis entre manos merezca la pena.

Paula se remueve en el asiento, inquieta. Ni siquiera ella sabe a dónde les está llevando todo esto. Se obliga a concentrarse en saciar su curiosidad.

—¿Qué te ha contado tu hermano de mí?

Él aparta la mirada de la carretera tan solo un segundo.

—Todo —afirma sin titubeos, y ella se hunde en el asiento—. Me lo ha contado todo.

Paula sonrío porque no sabe qué otra cosa hacer, aunque él esté pendiente del tráfico y no pueda ver la mueca en su rostro.

—Sé que os encontrabais cada San Juan. Sin detalles —añade, percatándose de la intranquilidad de la chica—. Pero este año tú no te presentaste.

—No pude ir —replica ella ante el reproche, y se da cuenta de que no quiere que Jaime piense que está jugando con su hermano.

Tampoco quiere herir a Álex, y la certeza de que él le importa de verdad cae sobre ella

como una losa. Le importa, muchísimo más de lo que esperaba y probablemente más de lo que debería.

—Sea como sea —prosigue Jaime, lanzándole miradas de soslayo—, no jodas a mi hermano. Está loco por ti.

Paula termina de hundirse del todo en el asiento. ¿Cuándo se les ha ido de las manos esta aventura sin lógica?

Se moja los labios con la lengua.

—No quiero hacerle daño.

—Pero vas a hacérselo —replica él con dureza—. ¿Tienes ahora tiempo para ese café?

Paula decide ignorar la primera parte de su comentario y acepta tomar algo con él. No la hace sentir demasiado cómoda, pero, por otro lado, le gusta que se preocupe por su hermano. Álex y él tienen la clase de relación que ella nunca ha mantenido con Blanca, una en la que se protegen mutuamente. Ojalá las cosas fueran así entre ellas.

Se detienen en Pollensa. Jaime aparca el coche cerca de la playa y se sientan en uno de los bares que hay frente al mar. Turistas llenan la arena y aprovechan cada minuto de sol. Paula se queda mirando a un grupo de adolescentes que juegan en la orilla a salpicarse y lanzarse al agua, riendo a carcajadas sin importarles nada más que ese único momento de felicidad compartida. Se pregunta por qué no puede ser ella igual, disfrutar de lo que sabe que está empezando a sentir por Álex, de su dulzura y de las promesas que muestran sus ojos cada vez que la mira.

—Tendré que irme —comenta de repente, justificándose ante Jaime y ante ella misma—. Tengo obligaciones.

Él la contempla inexpresivo. Las líneas duras de su rostro se han acentuado. Jaime no lo ha tenido fácil. Cuando perdieron a sus padres, él ya era mayor de edad y se convirtió en el tutor legal de Álex, ha cuidado de su hermano desde entonces y, por mucho que le pese, jamás lo había visto tan obsesionado con una chica. Nunca ha interferido en sus líos de faldas, pero en esta ocasión siente que no puede quedarse cruzado de brazos.

—Huir. A eso se le llama huir.

Paula niega con vehemencia, aunque es consciente de que tiene razón.

—Lo que no entiendo es el motivo —señala, sin atender su negativa—. Pareces tan colada como él. Os vi esta mañana, ¿sabes?

Paula palidece y traga saliva con dificultad, aterrada por la idea de que Jaime estuviera en la casa cuando Álex y ella tomaron el *desayuno*.

—Si pensabas largarte, no comprendo que hacías acurrucada con él en el sofá.

El reproche viene acompañado de una pequeña sonrisa. Al llegar a casa después de estar toda la noche sirviendo copas, Jaime se los ha encontrado abrazados durmiendo en el salón. Ha permanecido varios minutos observándolos, admirado por la expresión de paz que lucía Álex mientras la sostenía contra su cuerpo. Supo enseguida que se trataba de Paula, esa chica a la que su hermano no ha dejado de mencionar.

—Es complicado —repite ella, porque tampoco sabe qué es exactamente lo que está haciendo—. Y además está Blanca.

Jaime se inclina sobre la mesa y fija sus ojos en ella.

—Tu hermanastra no ha dejado de aprovecharse de Álex desde que se conocieron. Y, sinceramente, no me importa en absoluto. No es de ella de quién está enamorado mi hermano.

12

Tras la tajante afirmación de Jaime, el ambiente queda lo suficientemente enrarecido para que no tenga sentido continuar sentados en la terraza. Paula deja el café a medias y él ni siquiera ha tocado el suyo. Regresan al coche y realizan el resto del trayecto envueltos en un silencio tenso e incómodo. Paula observa el paisaje pasar a través de la ventanilla, aunque realmente no lo está viendo.

¿De verdad está enamorado Álex? Para ella es difícil ponerle un nombre a los sentimientos que le despierta, a las emociones que se arremolinan en su estómago cada vez que lo ve o piensa en él. En los últimos tiempos, Álex ha sido su única ancla, y su cita anual representaba la fecha más señalada del calendario. Se da cuenta de que, en realidad, su año comenzaba con el solsticio de verano. Era el principio y el fin. Ahora el ciclo se ha roto y es ella la que tiene en sus manos la oportunidad de alargar ese instante mágico y convertirlo al menos en varias semanas.

«Hasta que te vayas».

Se cree fuerte. Fuerte para resistirse, fuerte para largarse cuando llegue el momento. Es egoísta pensar así y lo sabe. Si Álex está realmente enamorado de ella, su marcha lo dejará destrozado.

Cuando Jaime detiene el coche frente a la entrada de su casa, Paula aún se debate entre cortar por lo sano o hacer lo mismo que los chicos de la playa y entregarse sin más a esa dulce locura, sin importar las consecuencias, solo vivir al día.

Lo que no espera es encontrarse la moto de Álex aparcada frente a su puerta y a él a pocos metros hablando con su padre. Ambos se vuelven al escuchar el frenazo del coche.

—¿Cómo demonios...?

Jaime sonrío.

—Le dejé una nota cuando fui a vestirme —confiesa, tirando del freno de mano—. Te lo tienes merecido.

Paula reprime el impulso de soltar varios tacos. El café solo ha sido una excusa para que a él le diera tiempo de llegar.

Apenas hace diez minutos que Álex ha detenido su moto y se ha bajado para llamar a la puerta del palacete. Le ha abierto Fede, el padre de Paula y Blanca. La conversación ha sido tensa.

—¿Puedo hablar con Paula?

—¿Paula o Blanca? —ha preguntado Fede, y Álex ha forzado una sonrisa.

—Paula.

Fede, que conoce de sobra la relación entre Blanca y él, ha fruncido el ceño y se ha quedado mirando al chico plantado frente a su puerta. A pesar del tiempo que Blanca y él llevan juntos, no suele venir a casa y tampoco es que su hija menor hable demasiado de él. Pero que venga buscando a Paula no puede significar nada bueno. Y no es que no le preocupe Blanca, pero es demasiado consciente del precario equilibrio que ha establecido su hija mayor en su vida. Jamás ha sabido cómo llegar hasta ella y, por más que se ha esforzado, Paula lo ha mantenido al margen y ha tomado siempre sus propias decisiones. Teme que nunca logre superar por completo el abandono de su madre.

—¿Hay algo que deba saber sobre mis hijas? —inquire, serio y preocupado.

—Blanca y yo ya no salimos juntos —se sincera Álex, no tiene sentido esconderlo y tampoco quiere hacerlo.

—¿Y qué tiene que ver Paula con eso?

El chico deja escapar un suspiro y contesta lo único que se le ocurre.

—Nada. Nada y todo a la vez.

La siguiente pregunta se pierde en los labios de Fede cuando Paula llega hasta ellos. Por la prisa que se ha dado en bajarse del coche, su padre intuye que no le hace demasiada gracia haberlos encontrado allí hablando.

—¿Y tú de dónde vienes? Pensaba que estabas con Blanca —le espeta, más confuso aún que hace un momento. Echa un vistazo al interior del Vítara—. ¿Y quién es ese?

—Un amigo —responde Paula.

—Mi hermano —señala Álex, a su vez.

Fede alterna la mirada entre ambos, cada vez más preocupado, mientras Álex sonríe a Paula sin poder evitarlo. Ella recibe la curva ladeada de sus labios como un claro mensaje por su parte. «Huir no te servirá de nada», parece decirle.

—¿Dónde está Blanca? —la interroga su padre, al que no le pasa desapercibido el cruce de miradas entre los dos chicos.

—Con Olga —asegura Paula, aunque no ha hablado con ella—. ¿Puedes dejarnos a solas, papá?

Él duda unos instantes, aunque parece decidirse al ver cómo Jaime pone en marcha el motor y abandona la entrada.

—Entra en cinco minutos —le exige, a pesar de que su hija ha recorrido medio mundo con solo veintitrés años y ya no es una niña a la que pueda dar órdenes.

Álex y ella esperan hasta que su padre se pierde en el interior de la casa.

—Muy simpático tu hermano —comenta Paula, evitando sus ojos.

—Es un verdadero coñazo, pero a veces resulta un coñazo muy útil —se ríe él.

—¿Le has hablado de mí?

Álex se pasa la mano por la nuca, cohibido.

—Vale, también es un bocazas.

Se hace el silencio entre ambos, hasta que Paula se siente obligada a decir algo, cualquier cosa.

—Álex, yo...

El temblor de su voz sacude al chico. No sabe si quiere oír lo que quiera que vaya a contarle. Se acerca a ella y pasa dos dedos bajo su barbilla. Paula lo deja hacer, a sabiendas de que mirarlo a los ojos desbaratará cualquier intento por salir indemne del paso.

—No lo digas, ¿vale? —le ruega Álex, acariciando su mejilla con el pulgar—. Me gustas, Paula. Me gustas mucho, y quiero pensar que si has acudido a mi encuentro año tras año es porque yo también te gusto. —Omíte el hecho de que no fue a su última cita, aunque lo tiene muy presente. Están aquí ahora y eso es todo cuanto le importa—. No huyas de eso, por favor. Dame al menos una oportunidad.

La súplica empaña tanto sus palabras como sus ojos, y Paula no se ve capaz de ignorarla. En realidad, en ese momento, desea con todas sus fuerzas que la bese y la estreche entre sus brazos.

—¿Una oportunidad para qué? —tercia ella, ignorando la llamada de sus labios.

Álex sonrío. Es una sonrisa sincera, la clase de sonrisa que convierte un día cualquiera en algo especial, algo realmente mágico, y ella lucha por no lanzarse sobre él y rogarle que le asegure que estará a salvo a su lado.

—Para darte un motivo para que dejes de huir —afirma con tanta dulzura que a Paula se le acelera el corazón—. Tú y yo. Nosotros. Tal vez consiga que todas las noches sean San Juan.

Sin una palabra más, la besa.

Su boca se muestra cortés y tierna, y su calidez hace que Paula se olvide de todo lo que no sea él. Por ahora le vale con el sabor de sus besos, la ligera presión de sus manos acunando su rostro y la sensación de estar justo donde tiene que estar.

—Ven conmigo —le pide Álex, tomándola de la mano.

Paula echa un vistazo a la puerta entreabierta. Su padre se va a cabrear mucho, sin contar con que ni siquiera se ha cambiado de ropa. No obstante, entrelaza los dedos con los de Álex y se deja arrastrar hasta la moto de este.

¿Podrían convertirse sus noches en un eterno solsticio de verano? En ese instante, no lo piensa demasiado. Se pone el casco que le tiende Álex y se acomoda a su espalda, dispuesta a quemarse en el intenso fuego que los une.

13

Álex pone rumbo sureste, siguiendo la carretera de la costa. Paula se aferra a su cintura, quizás con más fuerza de la debida, y no tiene nada que ver con la velocidad a la que Álex toma las curvas. Sencillamente, necesita sentirlo. Ha hecho un pacto consigo misma: disfrutar de lo que quiera que Álex haya planeado con la misma libertad que lo hacía durante sus encuentros furtivos, sin preocuparse por el después.

—¿Un barco? —inquire, al encontrarse frente a uno en Cala Figuera.

—Tengo un amigo que tiene un amigo... —replica él, guiñándole un ojo.

Le tiende la mano y la ayuda a subir a bordo de un velero de cuarenta pies de eslora. No tardan demasiado en zarpar. Álex se mueve con confianza sobre la cubierta y ella asiste maravillada a su ir y venir preparándolo todo.

—¿Se puede saber a dónde me llevas?

Él sonríe mientras hace uso del motor para salir a mar abierto.

—Quiero que conozcas uno de mis sitios preferidos —le dice, izando por fin las velas.

Se deshace de la camiseta que lleva puesta y Paula se pierde en la visión de su pecho desnudo.

Conoce de sobra su amor por el mar. Recuerda a la perfección la pasión con la que le ha hablado de él en el pasado. Es parte de su vida, de su día a día, y Paula se siente contagiada de la energía que desprende mientras maneja con soltura el velero.

Hace un día espléndido, sin una sola nube que oscurezca el azul intenso que colorea el cielo, así que Paula se tumba sobre la cubierta. Es una pena que no haya traído el bañador, porque la alta temperatura invita a darse un chapuzón. Se remanga el bajo del vaquero y no duda en quitarse también las sandalias.

Mientras recorren la costa, dejan atrás varias calas de una belleza increíble. Hace tanto tiempo que Paula no se permite disfrutar de su tierra que casi había olvidado la multitud de hermosos parajes que hay en la isla. Se puede decir que cada rincón esconde un pequeño paraíso, unos más masificados que otros, pero todos realmente singulares.

—Nunca me contaste que formabas parte de una ONG —comenta Álex, con curiosidad.

Paula se encoge de hombros. Hay muchas cosas que no sabe de ella y, aunque su trabajo es precisamente la causa de sus largas ausencias, nunca se vio en la necesidad de justificarse. Las cosas entre Álex y ella sucedieron siempre de un modo sencillo. Cada uno hablaba de lo que quería, y solían ser temas que les provocaran sonrisas. No es que no le guste lo que hace; en realidad, le encanta su trabajo, pero dado que esa es su vía de escape tomó la decisión de guardárselo para ella.

—Me gusta —le dice—. Ayudar a la gente, sentir que estoy aquí por algo. Algo bueno.

A Álex no le pasa desapercibida la tristeza que tiñe su voz, como si Paula se sintiera inútil al margen de su labor.

—Ahora estás aquí por mí —se le escapa—. En el barco quiero decir...

Paula, sentada a pocos metros de él, ladea la cabeza y esboza una sonrisa ante su tímido balbuceo, y el brillo de los ojos verdes de Álex es cuanto necesita para olvidarse de todo. Deja caer los párpados y se echa hacia atrás, apoyándose sobre las manos y volviendo el rostro en

dirección al sol.

Álex bloquea el timón y se acerca a ella despacio, sin hacer ruido. La expresión de serenidad que luce Paula hace que algo explote en su pecho y no puede evitar inclinarse sobre ella y darle un beso en los labios. Es apenas un leve roce, su forma de decirle: «Estoy aquí para ti. Quiero estar aquí... Siempre». Ni siquiera él es del todo consciente de la magnitud de sus sentimientos. Solo sabe que no puede permitir que Paula continúe huyendo, no de él al menos.

Ella abre los ojos y se encuentran cara a cara. Sus alientos se entremezclan formando uno solo y sus bocas reclaman más.

—Dime, si pudieras elegir cualquier lugar del mundo en el que estar, ¿cuál sería? — pregunta Paula, retomando uno de sus juegos de San Juan.

Álex no duda ni un segundo.

—Aquí —afirma con la mirada fija en ella—. O en cualquier otro lugar en el que tú estés.

Los labios de Paula se curvan por sí solos.

—Buena respuesta —atina a decir, porque se ha quedado sin palabras.

—Es la única que tengo. ¿Y tú? ¿En qué lugar exótico te perderías esta vez?

Paula, por toda respuesta, tira de él hasta que cae sobre su cuerpo y busca su boca con avidez. Lo besa con descaro pero también con dulzura, hundiendo los dedos en su pelo y saboreándolo con detenimiento. Y otra pequeña parte de ella se desprende para siempre, quedándose con él.

—Me perdería en ti —susurra, y al instante percibe la sonrisa que se forma en los labios de Álex—. Creo que ya estoy perdida...

Tras su confesión, Paula no puede evitar acurrucarse contra su pecho a pesar de que él vuelve a colocarse al timón. Continúan charlando mientras navegan, regalándose sonrisas y caricias al tiempo que van descubriendo poco a poco detalles de sus vidas; algunos más pequeños, como la debilidad que siente Paula por el chocolate en todas sus variantes o que Álex llama Betty a su tabla de surf, y otros de mayor importancia, como la razón de que él luzca una cicatriz en la ceja o lo ajena que se siente ella al que debería considerar su hogar.

Paula incluso se ve tentada a hablarle de su madre, pero no quiere ensombrecer el ambiente entre ellos y tampoco desea pensar en eso. En el fondo sabe que es parte del lastre que arrastra, pero no puede evitar que así sea.

A Paula se le escapa una exclamación de sorpresa al llegar a su destino. Álex la ha llevado a Cala Marmols, una pequeña playa encajonada entre altos acantilados a la que resulta complicado llegar a pie, aunque él ha recorrido los cinco kilómetros que la separan del Cap de ses Salines en más de una ocasión. Sin embargo, su acceso preferido siempre ha sido desde el mar. Es un lugar poco concurrido, una playa virgen en la que se puede fondear sin problemas.

—Date la vuelta —le pide, señalando a su espalda la isla de Cabrera.

—Es precioso, Álex —comenta ella.

Paula ha oído hablar de ese sitio, pero jamás lo había visitado. No hay bañistas ni otros barcos en las cercanías, por lo que la cala resulta un verdadero oasis de tranquilidad.

—Me gusta venir aquí. Siempre he querido traerte —confiesa Álex, y se entretiene observándola mientras ella sacia su curiosidad contemplando cada rincón del lugar.

Paula se gira y le sonrío.

—No tengo bikini —le recuerda.

—Yo tampoco.

Compone una expresión de fastidio al tiempo que mueve las manos hasta la cinturilla de

los pantalones de lino que lleva puestos. Paula suelta una carcajada y el sonido desborda los oídos de Álex como si de música se tratase; una melodía dulce e inolvidable.

A partir de ese instante, establecen una competición por deshacerse de la ropa que llevan puesta. A Paula se le atascan los vaqueros en una pierna y Álex tiene que ayudarla a quitárselos. Sus carcajadas resuenan en la playa desierta mientras él tira con fuerza de la tela, y ella, sentada sobre la cubierta, se aferra al mástil. Álex cae de culo cuando por fin logra su objetivo y sus risas se intensifican.

Paula, dando saltitos, lo sortea con habilidad y se coloca en la proa. Pasa primero una pierna por encima del candelero¹ y luego la otra. Aún sigue riendo cuando se lleva las manos a la espalda y desabrocha su sujetador. Echa un vistazo a Álex, que continúa tirado sobre la cubierta, y le lanza la prenda a la cara.

—¡El último paga la cena! —grita antes de saltar al agua.

Álex se pone en pie y avanza a grandes zancadas, agitando la cabeza.

—¡Valiente tramposa estás hecha! —protesta, sin convicción.

Se lanza de cabeza junto a ella, pero, en vez de salir enseguida a superficie, bucea para agarrarla de las piernas. Paula patatea; sin embargo, él la rodea con los brazos mientras ambos luchan para mantenerse a flote.

—¿Eso quiere decir que vas a cenar conmigo? —inquire él, estrechándola contra su pecho para robarle un beso.

A la espera de su respuesta, desliza un dedo por su nariz, persiguiendo una gota de agua, y la sonrisa de Paula se ensancha. Es ella entonces la que le da un pequeño beso, que encadena con otro, y otro... hasta que la sal del mar se mezcla en su boca con el sabor de Álex. Durante varios segundos se observan con ojos sinceros, sin muros ni miedos. Se miran con la libertad de saberse deseados, felices y, quizás, también amados. A su alrededor flota una vez más la misma magia que los envolvía en San Juan y se dan cuenta de que no necesitan una determinada noche al año. Entre ellos siempre existirá esa chispa especial.

—Cenaré contigo —afirma Paula, excesivamente seria, como si realizara una promesa que implicase mucho más que compartir un rato mientras comen algo.

14

Poco después, nadan hasta la playa y se tumban sobre la arena, uno junto al otro. Sin decir nada, Álex estira la mano y rodea con sus dedos los de Paula. La ha imaginado tantas veces ahí, a su lado, sin las sombras ni la oscuridad propias de la noche. Le encanta el lugar y, sobre todo, poder compartirlo con ella. Alberga la esperanza de que este sea solo el primero de muchos momentos compartidos. Nunca ha estado tan seguro de algo, salvo de su pasión por el mar, y ahora dicha pasión se divide entre las aguas cristalinas que les bañan los pies y la chica que aprieta su mano.

—Podría quedarme siempre aquí —murmura Paula, relajada y feliz—. Es...

—Como si solo existiéramos nosotros —termina Álex por ella.

Gira la cabeza para mirarla y sus dedos le recorren la línea de la mandíbula para luego bordear sus labios. No comprende cómo ha podido soportar tres años viéndola tan solo una noche. Ahora que la tiene aquí, a la luz del día, es consciente de lo insuficientes que esas pocas horas le resultaban. Tiene que haber una manera de convencerla, de que esta vez no huya sin despedirse, sino que, si se marcha, al menos sea con la promesa de un pronto regreso.

«No es solo eso lo que deseas», piensa para él, y estrecha con más fuerza sus dedos.

Paula, que se percata del apretón, abre los párpados y le sonrío, sin tener ni idea de lo que él está pensando. Pero la presión de su mano le resuelta cálida y reconfortante. Quizás sea eso lo que se siente al estar en casa.

—Quédate —vocaliza Álex, aunque las palabras no lleguen a transformarse en sonidos.

Ella se muerde el labio inferior. Cree haber entendido lo que ha dicho, y la idea de hacer de Álex algo suyo le acelera el pulso. Él no conoce del todo las implicaciones de lo que le está pidiendo. No se trata solo de su labor en el extranjero. En realidad, podría llegar a un acuerdo con su jefe y que la destinaran por un tiempo a su sede de Mallorca o, en su defecto, a alguna de las que hay en la península. Para Paula, dejar que él se cuele en su corazón es entregarle algo que nunca le ha dado a nadie. Es luchar contra esa niña abandonada que le impulsa a poner kilómetros de por medio y no comprometerse con nadie. Y, además, es otorgarle a Álex el poder para destruirla.

Sin embargo, mientras ambos buscan en los ojos del otro las respuestas que anhelan, Paula siente por primera vez en su vida que quiere pelear, que puede que merezca la pena arriesgarse. No quiere ser una cobarde eternamente.

Le dedica una sonrisa a Álex que él acoge con ojos brillantes. Se levanta y la agarra para ayudarla a ponerse en pie.

—¿Tienes hambre? —le pregunta, y sin darle opción a contestar pasa los brazos en torno a su cintura y la alza en vilo.

Deja que Paula resbale contra su cuerpo y captura sus labios, tragándose el gemido que escapa de sus labios.

Regresan a nado al barco y Álex prepara un pequeño picnic en cubierta. Tras dar cuenta de él se dejan mecer por las olas, abrazándose y sin dejar de lanzarse miradas repletas de complicidad.

Las siguientes horas transcurren para ellos a un ritmo vertiginoso y se ven obligados a volver antes de que el sol alcance el horizonte. Han quedado en salir a cenar, si es que el padre de

Paula no la encierra en casa tras su precipitada escapada. No se para a pensarlo hasta que están atracando en Cala Figuera y recuerda que se ha ido sin decir nada y que ni siquiera ha hablado con Blanca. Intenta pensar en qué explicación le va a dar a ambos durante el regreso en moto, pero todo en lo que logra concentrarse es en los movimientos de Álex, en cómo se inclina para tomar las curvas y cómo, de vez en cuando, lleva la mano a su muslo y le da un ligero apretón.

—Dame una hora —le dice él, al dejarla frente a la puerta del palacete—, y coge abrigo. Iremos a Deià y puede que haga algo de fresco.

Paula sonrío, encantada. Su destino es un pequeño pueblo de la Sierra de Tramontana conocido por su ambiente bohemio. Uno de esos lugares plagado de encanto y de visita obligada para los que llegan a la isla, entre otras cosas, por sus espectaculares puestas de sol.

Aún conserva la expresión soñadora cuando accede a la casa y se da de bruces con Blanca. Sin previo aviso, su hermana le cruza la cara con tanta fuerza que a punto está de caerse al suelo.

—¿Estás loca?! —repone, sorprendida, con la mano sobre la mejilla para aliviar el ardor de esta.

—Zorra —escupe Blanca, en ningún modo arrepentida—. Te ha faltado tiempo, ¿no? Para dos puñeteros días que vienes por cumplir y vas y te follas a mi novio.

Paula palidece ante su ataque.

—No es lo que piensas...

Blanca se cruza de brazos, tentada de darle otro bofetón.

—¡Eres una envidiosa! —continúa gritándole—. Jodes todo lo que tocas. ¿Por qué no te marchas de una vez?

—Blanca, no me hables así —le exige ella, recuperando en parte la compostura.

Su hermana está en su derecho de sentirse traicionada, aunque no conozca la historia completa, y Paula no puede evitar sentirse culpable aunque también ella está enfadada. Sigue sin comprender cómo pudo emplear la enfermedad de su padre para manipular a Álex; no la creía tan mezquina.

—No me extraña que tu madre se deshiciera de ti —farfulla, en voz baja, pero Paula la escucha perfectamente y se le llenan los ojos de lágrimas.

Fede, al oír los gritos, se asoma por el arco que da paso al salón. Se queda inmóvil al contemplar a Blanca, roja de rabia, y a Paula, que trata de reprimir el llanto con poco éxito.

—¿Qué está pasando aquí?

—Tu hija es una puta —explota la menor de las hermanas.

Paula se dirige a las escaleras dolida y con las palabras de Blanca aún resonando en sus oídos.

—¡Blanca! —la llama al orden su padre.

—Déjalo, papá —murmura Paula, ya en los primeros escalones que dan acceso al piso superior.

Pero Blanca está fuera de sí. Ni siquiera la presencia de Fede y su evidente enfado logran frenarla. Su padre, en cambio, no es capaz de reconciliar la imagen que tiene de su hija pequeña con la chica furiosa que resopla a pocos pasos de él.

—¡No vayas de mosquita muerta! ¡Te han visto en Cala Figuera con Álex! —la acusa—. Y bastante cariñosos, por cierto. Te lo has tirado ya, ¿no?

—¡Basta ya, Blanca! —Su padre va hasta ella y la agarra del brazo para obligarla a entrar en razón.

No obstante, la presión de su mano sobre Blanca se prolonga tan solo unas décimas de

segundo. Un quejido sale de la boca de Fede antes de que se le cierren los ojos y caiga inconsciente sobre el frío suelo de la entrada.

La ambulancia tarda lo que a Paula le parece una eternidad. Su padre sigue sin recobrar el conocimiento, y su hermana y ella no han cruzado ni una palabra. Tan solo se miran aterradas mientras esperan. Ambas se sienten culpables aunque no lo digan. Son ellas las que se han peleado en su presencia, a sabiendas de que lo último que él necesitaba era asistir a ese tipo de enfrentamiento.

—Están tardando demasiado —farfulla Paula, rompiendo el tenso silencio—. Si le pasa algo...

No finaliza la frase. No es capaz. Sentada en el suelo, con las piernas dobladas bajo el cuerpo, sostiene la mano de Fede sin saber qué otra cosa hacer. Trata de retener las lágrimas, pero estas escapan de sus ojos y corren por sus mejillas por mucho que se esfuerza. Su padre ha representado desde siempre el eslabón entre su vida pasada y su presente. Aunque Paula no fuera consciente de ello, ha sido lo único que la hacía regresar a Mallorca antes de que Álex entrara en su vida. No quiere ni pensar en que pueda... abandonarla.

—No, no, no... Por favor, no —repite entre sollozos.

Cuando por fin llega la ambulancia y los técnicos descienden del vehículo para asistir a Fede, son necesarios dos de ellos para conseguir separar a Paula de su padre.

15

De madrugada, Paula se despierta en la cama del hospital, aturdida y con los dedos aún agarrotados, producto del forcejeo mantenido para evitar que la separasen de su padre. Tarda algunos segundos en ser consciente de dónde está y de que hay alguien más en la habitación. Maika la observa, sentada en una silla a los pies de la cama. Tiene aspecto cansado, la media melena rubia despeinada y una camisa blanca arrugada. Se levanta y se coloca al lado de Paula, esbozando una sonrisa tranquilizadora.

—¿Y mi padre? —pregunta ella, haciendo ademán de ponerse en pie.

Maika la empuja contra el colchón con delicadeza.

—Tranquila, está bien. Todo está bien, Paula —le dice—, pero tú tienes que descansar.

Paula niega. Quiere ver a su padre. Durante un instante le da por pensar que Maika le está mintiendo. ¿Y si solo trata de no alterarla? Dada su reacción, quizás teme contarle la verdad. Quizás...

—Necesito verlo —insiste, girándose para colocar los pies en el suelo.

—Te aseguro que está perfectamente. Tranquilízate.

A Paula los ojos se le llenan de lágrimas. Maika la abraza. Ha querido a esa chiquilla desde antes de casarse con su padre, y siempre ha intentado que no se sintiera desplazada, pero Paula nunca la ha considerado una madre.

—Solo ha sido un desmayo —añade, dejándola que lllore contra su pecho—. Los análisis han salido normales. El médico dice que probablemente solo se deba al estrés y no sea indicativo de nada.

Paula alza la cabeza para mirarla, buscando en sus ojos indicios de una mentira piadosa. Sin embargo, la sonrisa de Maika parece real.

—¿No está enfermo? —la tantea, sin pronunciar la palabra maldita, esa que podría arrancar a su padre de su vida para siempre.

—Faltan los resultados del cultivo —responde ella, cautelosa—, pero hay buenas perspectivas.

Paula es reacia a albergar esperanzas; sin embargo, la carga que oprime su pecho se aligera en parte. Igualmente, no se quedará tranquila hasta que vea a Fede con sus propios ojos.

—Paula... —Maika titubea antes de continuar—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

La madre de Blanca da muestras de inquietud a pesar de ser una mujer segura de sí misma. Paula y ella no han tenido nunca una relación de madre e hija, aunque tampoco ha sido hostil. Con Blanca siempre en medio, Paula ha preferido mantenerse a una distancia prudencial de ella, y su hermanastra se ha ocupado de que así fuera.

—Supongo que sí.

—¿Qué hay entre Álex y tú? —la interroga, abordando la cuestión de una forma directa.

Paula esboza una mueca ante la pregunta. No tiene ni idea de cómo contestar, aunque supone que lo que a Maika le preocupa es si se ha entrometido entre Álex y su hija.

—No lo sé. Hay... algo.

Maika asiente, animándola a continuar. Blanca le ha contado su versión de la historia, pero conoce de sobra a su hija y ha sido testigo de que su noviazgo con Álex no era *normal*. Apenas si

lo llevaba a casa o hablaba de él. No se enteró de que tenía novio hasta hace relativamente poco, y Blanca no suele ser de las que guardan secretos.

—Blanca afirma que solo buscabas hacerle daño.

A Paula no le sorprende demasiado que Maika sea tan clara, no suele andarse con medias tintas, lo que le extraña es que no esté reprochándole su actitud.

—Lo conocí hace tres años y tuvimos... Nosotros... Nos liamos —suelta ella, porque no hay forma de suavizarlo.

—¿Estás enamorada de él?

Esta vez, la pregunta sí que toma a Paula desprevenida. Aparta la vista de su madrastra, cohibida. Es algo que no quiere plantearse, menos aún en ese momento. Hace nada creía que iba a perder a su padre para siempre, y la posibilidad de ese nuevo abandono ha abierto una brecha en su interior. Por una lado, añora tener a su lado a Álex, que la coja de la mano y le diga que todo va a salir bien; por otro, la aterra cruzar ese punto de no retorno y que él se convierta en algo necesario en su vida.

—No —contesta, aunque no sepa si es verdad.

Maika reflexiona unos instantes antes de contestar.

—Solo te pido una cosa —replica la mujer, sin dar muestras de si la cree o no—. Sé que Blanca y tú nunca os habéis tratado como verdaderas hermanas, pero no dejes que un chico se interponga entre vosotras.

Paula no le dice que, aunque Álex no existiera, su hermana y ella seguirían teniendo demasiadas diferencias. No está segura de que haya mucho que salvar en su relación o que sea posible salvarla siquiera.

—¿Puedo ver a mi padre? —tercia ella, cambiando de tema.

No quiere seguir hablando de Álex, ya pensará en él cuando llegue el momento. No obstante, parece que *ahora* es el momento.

—Tendrás que esperar un poco aún, pero Álex está fuera y quiere verte —la informa, poniéndose en pie y dirigiéndose hacia la puerta—. Ha tenido un pequeño enfrentamiento con Blanca.

Paula frunce el ceño. Puede imaginarse que, si Blanca y él se han encontrado, la conversación no debe haber sido demasiado agradable ahora que Álex se ha dado cuenta de que lo ha estado manipulando a saber durante cuánto tiempo.

—No creo que deba estar aquí —concluye Maika con expresión seria—, pero insiste en que no se marchará hasta que te vea.

Permanece a la espera, con la mano sobre el picaporte, de la decisión de Paula. Pero ella está a kilómetros de esa habitación, en un cala apartada durante una noche de San Juan, sonriendo y contando estrellas.

—¿Sabes? He vuelto por él durante los últimos años —comenta, como un pensamiento en voz alta—. Me hace sentir menos... sola.

La expresión de su madrastra se suaviza. Suspira y regresa sobre sus pasos para situarse de nuevo junto a la cama. Aparta un mechón de pelo del rostro de Paula y sonríe con cierta tristeza.

—No alejes a todo el mundo de ti —le dice, a pesar de que no cree que Paula tome en cuenta sus consejos—. No dejes que lo que hizo tu madre marque el resto de tu vida. Demostró ser una persona egoísta, no seas como ella.

Maika nunca le ha contado a Paula que conoció a su madre y que eran amigas cuando se quedó embarazada. Tampoco le ha dicho que fueron Fede y ella los que la convencieron para que

llevara el embarazo a término y cediera la patria potestad a su padre, dado que no quería hacerse cargo de ella. No cree que vaya a hacerle ningún bien saberlo. Aunque Paula era demasiado pequeña para darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor, a Fede no le quedó más remedio que darle una explicación de por qué su madre se había marchado. Nunca quiso mentirle al respecto, y quizás se equivocó al ser sincero con ella.

Sin embargo, la mera referencia a su madre hace que Paula apriete los labios. Nunca dejará de preguntarse qué había de malo en ella para que una madre decidiera desentenderse por completo de su propia hija.

—No me importa esa mujer —señala, luchando por convertir esa mentira en una verdad.

Maika suspira una vez más, sabedora de que no hay mucho más que pueda hacer o decir.

—Le diré a Álex que entre.

Deposita un beso en su frente y se marcha de la habitación. Tal vez el chico tenga más suerte.

Paula no aparta los ojos de la entrada de la habitación una vez que Maika sale por ella, y ni siquiera pasan un par de minutos antes de que Álex aparezca y acuda con rapidez a su lado.

—Dios, Paula —farfulla, abrazándola con fuerza y dándole varios besos en la sien.

Ella percibe su preocupación con tanta claridad que las lágrimas se agolpan de nuevo en sus ojos. No obstante, se esfuerza por reprimirlas. Su hermana ha entrado también en la habitación y se ha quedado a pocos pasos de ellos.

—Álex, escúchame, por favor —ruega Blanca, ignorando por completo a Paula.

—No quiero hablar más contigo —replica este con cierto hastío, cansado de discutir con ella.

La chica le lanza a Paula una mirada repleta de odio. Ha buscado un culpable y no podría ser otro que ella. Nunca asumirá ser parte del problema ni el chantaje al que ha estado sometiendo a Álex para que continuara a su lado.

—No la conoces —insiste, señalando a Paula—. No tardará en dejarte tirado, como hace con todo el mundo, y entonces yo seré la que esté ahí para ti.

Álex se gira, su mirada sembrada de dolor por una posibilidad que teme que se convierta en realidad. No obstante, sabe que no podría continuar con Blanca aunque lo suyo con Paula se acabase en ese mismo momento. Es consciente de que no la quiere y no quiere seguir traicionándose; prefiere estar solo a fingir algo que no siente.

—Lo nuestro se ha acabado —sentencia con firmeza, aunque su intención no sea hacerle daño.

La barbilla de Blanca tiembla, y Paula, que asiste en silencio a la conversación, se estremece, sintiendo el peso de la culpabilidad.

—Te acostaste con él cuando estaba conmigo —señala su hermana, furiosa.

Paula quiere recordarle que no sabía que estaban juntos, pero sabe que no serviría de nada, no para Blanca. Bien podría lanzar esa acusación contra Álex, aunque tampoco le sorprende que no lo haga. Se mantiene callada y permite que su hermana la convierta en cabeza de turco. Puede que se lo merezca.

—Blanca, ven aquí, por favor. —Maika ha aparecido en la entrada y su tono de voz es más una orden que una petición.

Su hermana titubea unos segundos antes de dar media vuelta.

—Zorra —masculla en voz baja, y aun así tanto Paula como Álex la escuchan.

Un portazo completa su indignada salida y su eco permanece flotando unos instantes en la

habitación. Y es entonces, cuando los envuelve el silencio, cuando se dan cuenta de que por fin se han quedado a solas.

16

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Álex, sin soltarla.

Paula se permite disfrutar de la calidez de los brazos que la envuelven, como si tan solo fueran una pareja normal que se reúne al final del día, aunque sabe que no puede aferrarse a esa sensación durante demasiado tiempo. Tiene miedo. Ya no solo se trata de su temor al abandono. La idea de no resultar lo suficientemente buena para Álex, de que haya en ella algo defectuoso que no le haga merecedora del amor de nadie, ha echado raíces en su interior y no deja de infectar cada rincón de su mente.

—Bien —replica, escueta, apoyándose de nuevo en la almohada solo para poner distancia de por medio.

Pero Álex se mantiene a su lado. Le acaricia el pelo y coloca bien los mechones rebeldes de su melena castaña, apartándolos de su rostro. Con cada roce de sus dedos, Paula siente una descarga recorriéndole la piel y no puede evitar mirarlo a los ojos. Sus iris verdes desprenden preocupación, cariño e incluso cierta desesperación.

—Tengo que ver a mi padre —le dice, porque no quiere que la conversación se centre en ella.

—Maika nos avisará. Ahora deberías descansar... ¿Qué te pasó?

Ella sacude la cabeza, negando. Le da vergüenza admitir que ha sufrido un ataque de ansiedad. Incluso ahora siente su corazón acelerarse al pensar en el desmayo de su padre. Todo esto es demasiado para ella: la enfermedad de Fede, el odio de su hermana, recordar a su madre, y... Álex. Él resulta especialmente abrumador. No puede creer que las pocas noches que han compartido hayan despertado ese ansioso interés que parece sentir por ella.

Al recuperar la consciencia, y tras la conversación con su madrastra, Paula se ha ocupado de enterrar sus propios sentimientos por él lo más profundo que ha podido. Ahora solo le queda fingir que lo suyo no es más que una extraña aventura que ha durado más de lo esperado pero que tiene escrito su final.

—Estoy agotada.

Cierra los ojos, esperando que su cansancio convenza a Álex para que se vaya, pero no cuenta con que la tensión de las últimas horas y el sedante que le han puesto consigan que se quede dormida de nuevo.

Álex, reacio a separarse de Paula, arrastra una silla hasta el lateral de la cama y se acomoda en ella. Mientras vela su sueño, acaricia sin pausa el dorso de su mano, su mejilla, el mentón... No puede apartar las manos ni los ojos de ella. Ha percibido su actitud distante y esquiva, y teme no haber hecho lo necesario para mantenerla con él. Sea lo que sea lo que la impulsa a huir, sigue estando ahí, empujándola lejos de su familia y de él mismo.

Los minutos van pasando y Álex se abandona a los recuerdos. Se ve junto a ella, bañándose en el mar en plena noche mientras el eco de sus carcajadas se pierde en la oscuridad que los rodea; se ve haciéndole el amor al ritmo que marca el vaivén de las olas, explorando cada centímetro de su cuerpo. La ve en la cubierta del velero, tan sonriente que duele mirarla, libre y despreocupada, como la Paula de la que sabe que se ha ido enamorando en la lejanía, aunque ella no estuviera presente.

Su móvil vibra en el bolsillo de la chaqueta y se apresura a cogerlo.

—¿Dónde estás, hermanito? Habíamos quedado —le reprende la voz de Jaime.

Álex suspira. Lo había olvidado por completo.

—Paula está en el hospital. No puedo irme.

—¿Está bien? ¿Qué demonios ha pasado?

Se cambia el teléfono de mano, girándose, y baja la voz.

—Su padre ha sufrido un desmayo y parece que a ella le ha dado una especie de ataque de nervios —comenta, y echa un vistazo por encima de su hombro para asegurarse de que sigue durmiendo. Su hermano maldice al otro lado de la línea—. No sé qué más hacer, Jaime. Se va a ir, estoy seguro de que volverá a marcharse en cuanto pueda.

No duda en sincerarse con él. Jaime ha sido testigo, año tras año, de cómo Álex regresaba a casa cada vez más desecho tras sus encuentros con Paula, y él le ha ido contando todo lo sucedido durante los últimos días. Jaime, por su parte, es consciente de que su hermano está loco por esa chica.

—Sabes que no soy el más indicado para dar consejos amorosos, Al, pero si de verdad quieres estar con Paula, y crees que ella siente lo mismo por ti, no le des opción —repite, sabiendo de primera mano que a veces el miedo a sufrir juega en contra de las relaciones—. No importa lo que diga si sus ojos te cuentan una historia distinta.

—¿Y cómo voy a saber qué eso es lo que ella quiere?

Jaime suelta una carcajada sin ganas.

—No lo sabrás con seguridad, pero lucha por lo que quieres, hermanito. No la dejes ir sin más o te arrepentirás toda la vida. Tal vez solo necesite saber que estarás ahí pase lo que pase.

—No puedo obligarla.

—No, no puedes —replica Jaime—. Si quiere huir, lo hará de todas formas, pero al menos lo hará sabiendo lo que sientes por ella.

Álex da por finalizada la conversación de forma precipitada cuando la puerta de la habitación se abre. Si Fede se sorprende al encontrarlo junto a la cama de su hija, no da muestras de ello.

El padre de Paula se coloca al otro lado y la observa con ternura durante unos segundos. Se la ve tan desvalida sobre el colchón. Su pequeña... Para él siempre será la niña a la que adoró desde el mismo instante en que supo que su madre estaba embarazada.

—¿Lleva mucho dormida? —le pregunta a Álex, y desvía la mirada a la mano que este mantiene sobre el brazo de Paula.

—Una media hora.

Fede reflexiona unos minutos, incapaz de ignorar la actitud protectora que muestra el chico.

—Sabes que es probable que Paula vuelva a su trabajo en cuanto obtenga la confirmación de los médicos de que no hay rastro del cáncer, ¿verdad?

No quiere ser duro con él, pero tampoco va a ocultar lo que piensa en realidad. Ojalá las cosas fueran diferentes.

Pero Álex no duda en mostrarle que no va a rendirse.

—No si puedo evitarlo —replica, seguro de sí mismo.

Si en toda su vida ha deseado algo de verdad, es mantener a Paula a su lado. Tal vez sea una locura, quizá esta historia esté destinada a ser un recuerdo de tantos, una aventura extraordinaria en una vida ordinaria como la suya. No obstante, eso no pasará hasta que Paula se suba a un avión y se aleje de él. Mientras, removerá cielo y tierra para mostrarle que su relación

está impregnada de esa maravillosa magia de San Juan.

Fede no puede más que sentirse admirado por la determinación del muchacho, aunque duda que sea capaz de obrar un milagro y lograr que su hija deje a un lado la interminable huida de los últimos años. En realidad, lo que intenta es escapar de sí misma y, dado que eso es imposible, nunca conseguirá llegar a la meta. Pero Fede ya no sabe qué más hacer. Paula ha elegido vivir al margen de su familia y a él no le ha quedado más remedio que aceptar dicha decisión.

—¿Te ha hablado Paula de su madre? —Álex niega—. La abandonó al nacer, y creo que su miedo es que los demás también la abandonemos —le explica, con la esperanza de que algo de lo que le diga pueda ayudarlo.

Álex acoge la confesión de Fede con un estremecimiento. Empieza a comprender el porqué de la actitud de Paula. Tras sus encuentros, siempre era ella la primera en marcharse, sin siquiera despedirse, como si temiera decir adiós o que fuera Álex el que la dejara atrás para no volver. Su obsesión por echar a correr cada vez que las cosas no salían como las había planeado...

—Yo no voy a abandonarla —le dice, tomando la mano de Paula y estrechándola entre las suyas.

Ella, aún dormida, se remueve sobre el colchón y deja escapar un suspiro. Ambos permanecen observándola.

—Tal vez necesita que se lo digas —señala Fede, tras unos instantes—. Nunca ha permanecido en Mallorca tantos días seguidos, ni siquiera cuando me detectaron el cáncer por primera vez. Puede que lo que siente por ti sea nuestra única posibilidad de conservarla.

No dicen nada más. Fede no aparta la mirada del rostro de su hija, y Álex, que sin saberlo ha ganado un aliado, se promete que eso será lo primero que escuche Paula de sus labios cuando despierte.

Cuando Paula despierta lo primero que ve es el rostro de Álex, sus ojos fijos en ella. De inmediato los labios del chico se curvan y aparecen sendos hoyuelos en las comisuras.

—Sigues aquí.

—No voy a abandonarte —replica él, haciendo honor a su promesa.

Paula quiere devolverle la sonrisa, pero se queda aturdida por las palabras que acaban de salir de su boca. Aparta la mirada y se percata de que Fede está también en la habitación.

—¡Papá!

Se incorpora con la intención de levantarse y su padre acude con rapidez junto a ella.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —contesta Paula, descartando enseguida su preocupación—. Pero ¿y tú? ¿Qué tal estás? ¿Te han dicho algo más? ¿Está todo bien?

Fede le pasa la mano por el pelo y se inclina para depositar un beso en su frente.

—Lo estará —le dice—. ¿Qué te parece si nos vamos a casa?

A Álex la sugerencia le inquieta en el acto. Presiente que se le acaba el tiempo. Que, segundo a segundo, Paula se aleja más de él. Observa cómo ella se desliza sobre el colchón y se pone de pie, ayudada por su padre.

—Tengo que firmar unos papeles y podremos irnos —explica Fede, y echa un vistazo a Álex—. Vuelvo enseguida.

Paula ya está poniéndose los zapatos. Los sanitarios ni siquiera le han quitado la ropa, con la que lleva dos días seguidos. Está deseando deshacerse de ella y meterse en la ducha, pero la expresión de concentración que luce mientras rebusca en su bolso no tiene nada que ver con la necesidad de ropa limpia. Ahora que Álex y ella se han quedado a solas, teme que él le ponga las cosas aún más difíciles.

Está decidida a terminar con esta historia. Una vez que su padre le asegure que el cáncer no ha vuelto a manifestarse, llamará a su jefe y le informará de que va a reincorporarse antes de lo previsto.

—Paula... —la llama Álex, con un hilo de voz, pero ella sigue con la vista fija en el fondo de su bolso—. No voy a abandonarte y no quiero que tú me abandones.

El ruego le cae como un jarro de agua fría, y Paula inhala una bocanada de aire antes de contestarle.

—Nuestra historia no da más de sí —se obliga a decir, y le sorprende incluso a ella lo mucho que le cuesta pronunciar esa afirmación—. Dejémoslo estar.

Pero Álex no tiene intención de ceder. Decide optar por una estrategia diferente.

—Bien —admite, aparentemente rindiéndose—, pero sigo teniendo una reserva para la cena. —Ella empieza a negar, pero Álex no le da opción—. La he cambiado para esta noche. Tómalo como una cena de despedida, un pago por la deuda contraída en el último San Juan.

Paula se gira al escuchar la referencia a su cita anual. Lo observa con atención y se da cuenta de que luce tan mal aspecto como el que debe tener ella.

—Me lo debes —le exige él.

Paula abre la boca para negarse. A estas alturas ya le supone demasiado esfuerzo dejarlo

atrás. Hace ya tiempo que debería haber huido de Álex y de sus sonrisas, de sus labios repletos de promesas y de esa marea verde que son sus ojos, siempre anegados de ilusión cuando la mira.

—Está bien —acepta la parte de ella que, sin saberlo, se ha enamorado de Álex.

Se dice que solo será eso, una despedida, el final de algo que comenzó tres años atrás. Una forma bonita de cerrar el ciclo porque, por una vez, no quiere marcharse sin más. Esta vez, se promete, dirá adiós.

Fiel a esa promesa, a las ocho de la noche, Paula espera a Álex en el exterior de su casa. Al preguntarle en el hospital dónde cenarían, Álex le ha indicado que debía arreglarse, por lo que ha elegido un vestido largo de color rojo y cinturón a juego. Aunque le ha parecido un poco excesivo para la ocasión, se ha convencido de que este último encuentro bien merece sus mejores galas.

Ni siquiera ha pasado un minuto de las ocho cuando el Suzuki Vitara de Jaime se detiene frente a las escalinatas del palacete. Álex tarda un momento en apagar el motor y echar el freno de mano. La imagen de Paula, cubierta por esa etérea tela roja, la ha convertido a sus ojos en una especie de diosa envuelta en llamas. No puede estar más complacido con su elección.

Antes de que consiga reaccionar y borrar la estúpida sonrisa de sus labios, la chica abre la puerta del coche y sube al interior. Ambos se miran durante unos instantes. Ella tampoco es inmune al aspecto que luce Álex. Se ha puesto un traje de chaqueta gris oscuro y, bajo este, una camisa blanca. No es propio de él vestir de una forma tan formal aunque luzca imponente. El pelo, peinado hacia atrás, hace que resulte imposible sustraerse a las marcadas líneas de su rostro y al verde intenso de sus ojos.

—Estás...

Álex se queda sin saber qué decir. No encuentra un adjetivo que describa de manera adecuada su belleza. Ella sonríe y aparta la vista, aturdida por la intensidad de su mirada.

—No sabía que te quedarán tan bien los trajes —señala Paula.

—Yo tampoco —se ríe él, dudando de que esté a la altura de la maravillosa mujer que tiene al lado.

Se muere de ganas de inclinarse sobre ella y besarla, pero se contiene a duras penas y decide emprender el camino. Cenarán en el restaurante del Hotel Valldemossa. Se ha asegurado de conseguir una mesa en la terraza, que cuenta con unas vistas espectaculares. Luego tiene planeado llevarla a dar un paseo por las pintorescas calles de Deià, en donde también ha reservado una habitación. Esto último puede que haya sido muy optimista por su parte, pero anhela de una forma casi dolorosa dormir una noche más con ella. Si Paula decide marcharse después de hoy, Álex quiere poder llevarse consigo la sensación de tenerla dormida entre sus brazos una vez más, aunque la posibilidad de perderla hace que el corazón se le encoja dentro del pecho e incluso le cueste respirar con normalidad.

El trayecto se alarga más de lo que desearían. Ambos piensan en lo que sucederá durante la velada y al día siguiente, lo que será de sus vidas a partir de ahora. Hay esperanzas, sueños, deseos y miedos flotando en el interior del vehículo, mezclados con el aire que comparten, y Paula comienza a preguntarse si la salida ha sido una buena idea. Se ha prometido que esto es solo otra noche de San Juan, que luego recluirá sus emociones en el mismo rincón oscuro de su mente en el que han permanecido hasta ahora, y se ha convencido de que eso le devolverá la libertad para marcharse sin mirar atrás ni preocuparse por lo que dejará en el camino. Sigue creyendo que no se sentirá sola si no tiene a nadie a quien perder.

—Después de esto estaremos en paz —afirma Paula, dejándole clara su postura.

Álex tiene la mirada fija en la carretera. El comentario es como una bofetada en plena cara, pero no está dispuesto a rendirse.

—Disfrutemos entonces de la velada.

Se guarda para él la súplica que asoma a sus labios; ese «no te vayas, por favor», y un «te quiero» que sabe que probablemente la asustaría. Sin embargo, desde el momento en que la vio tumbada en la cama del hospital, tan frágil y desvalida, comprendió que no había manera de controlar lo que siente por ella. Quiere sus días y sus noches, quiere poder cogerle de la mano en los buenos y en los malos momentos. Ansía ser quien llene el hueco de su corazón y le muestre que entregarse a alguien no tiene que doler. Y, sobre todo, desea que Paula decida quedarse. No se trata de que *necesite* quedarse, sino de que elija permanecer a su lado aun pudiendo huir.

Tras estacionar en el aparcamiento del hotel, se apresura para bajar del coche y abrir la puerta del copiloto. Tiende la mano en busca de la de ella y la ayuda a descender. El vestido de Paula ondea con la brisa, acariciándole las piernas, y Álex se encuentra anhelando que sean sus dedos los que le rocen la piel. Le dedica una sonrisa repleta de hoyuelos y, sin saberlo, el gesto provoca que ella se estremezca.

—¿Tienes frío? —pregunta, haciendo amago de quitarse la chaqueta y cubrir con ella sus hombros desnudos.

Pero Paula niega, aunque la caballerosidad de Álex hace que recuerde las noches en las que todo el abrigo que necesitaba era su cuerpo y sus besos bastaban para calentarla.

—¿Entramos? —propone ella, por miedo a perder la seguridad que mostraba apenas unos instantes antes.

Álex le ofrece su brazo, en actitud galante, y ella lo acepta fingiendo que no le afecta su cercanía. Juntos, se encaminan hacia la entrada del hotel; él dispuesto a convertir ese final en un nuevo inicio, y ella luchando por no dejarse arrastrar ni ceder a la ansiedad que empieza a sentir al pensar en que esta será su última noche.

18

El camarero les sugiere que prueben el menú degustación compuesto de ravioli de gamba, tartar de atún rojo, tortellini de rabo de buey, rodaballo, magret de pato y pudding de coca de patata. Todo tiene una pinta deliciosa y un sabor exquisito, y la tensión de Paula va desapareciendo conforme los platos van desfilando frente a ella. La atención impecable del personal, las hermosas vistas que se contemplan desde la terraza del restaurante, y el ambiente íntimo y acogedor consiguen que la magia los envuelva de nuevo y se encuentra riendo con las bromas de Álex.

Cruzan miradas cómplices, y sus manos buscan el roce con la piel del otro tal vez de una forma mucho menos fortuita de lo que aparentan. Mientras el cielo se va llenando de estrellas sobre sus cabezas, Álex le asegura que le encantaría la sensación de surcar una ola sobre una tabla de surf, y Paula, entre risas, repone que sería incapaz de mantenerse en pie.

—Eres capaz de cualquier cosa que te propongas —señala él, con un tono de voz cargado de dulzura. Ella baja la vista y toquetea nerviosa el tenedor—. No deberías permitir que el miedo te aleje de aquello que podría hacerte feliz.

Álex sabe que por muy fuerte e independiente que se muestre, no es más que una chica a la que le aterroriza abrirse a los demás.

Hasta este momento la conversación ha discurrido por terreno seguro, una charla normal entre una pareja que ha salido a cenar a un lugar precioso, y Paula se percató de lo agradable que está resultando. Claro que, en realidad, le basta estar en presencia de Álex para que el pulso se le acelere con tan solo una de sus sonrisas o de sus miradas, no importa el lugar ni la ocasión.

—Estás realmente preciosa esta noche —comenta Álex, consiguiendo que levante la cabeza.

Sin poder evitarlo, él extiende la mano y deja que sus dedos le acaricien la mejilla. Sus miradas se enredan durante un instante y ella casi logra verse a través de los brillantes ojos verdes de Álex, cargados de adoración y cariño, de pasión y deseo, repletos de sueños.

—¿Sabes? —prosigue él—. Voy a echarte mucho de menos. Echaré de menos las líneas que se forman alrededor de tus labios cada vez que sonríes, la forma en la que entrecierras los ojos y tuerces la cabeza mientras me escuchas hablar sobre cualquier tontería, ese último roce de tu boca antes de dejar de besarme, la presión de tus piernas alrededor de mis caderas cuando hacemos el amor —enumera, incapaz de detenerse.

Paula se remueve en el asiento, pero, esta vez, no reúne la fuerza necesaria para apartar la mirada de él.

—No voy a poder olvidar el juego de sombras y luces que proyectaban sobre tu rostro las pequeñas hogueras que encendíamos durante nuestros encuentros, ni como el calor de estas encendía tus mejillas. —Álex sujeta su barbilla con la mano y desliza el pulgar siguiendo la curva de sus labios—. Y mucho menos la sensación de tenerte acurrucada contra mi pecho, durmiendo, sin miedo alguno a estar ahí.

—Álex... —murmura ella, con un nudo apretándole la garganta.

—No me dejes, Paula. Quédate conmigo, por favor. No puedes seguir huyendo para siempre.

Ya no sabe qué más decir para convencerla.

Paula lo mira sin pestañear siquiera y se pierde en sus ojos suplicantes, deseando poder darle la razón.

En ocasiones, en momentos como este en los que nos enfrentamos a una dolorosa verdad, nuestro instinto nos grita, advirtiéndonos de lo equivocado de nuestra actitud. Paula, escucha con claridad esa advertencia, no ha dejado de oírla desde que conoció a Álex. Sin embargo, lleva tanto tiempo escapando de sus propios miedos que no sabe cómo parar. Tal vez porque resulta más sencillo dejarse llevar por la inercia o porque los cambios siempre nos asustan. La cuestión es que ella, aun sin conseguir silenciar esa estridente voz interior, se niega a hacerle caso.

—No huyo, Álex —farfulla—. No me hagas esto. Es mi trabajo —le dice, solo para justificarse.

Álex ve el miedo en su mirada y, desesperado, comprende que no hay nada que pueda hacer para ayudarla. Deja caer los párpados y esboza una mueca de dolor que a Paula se le clava en el pecho. A punto está de levantarse y ser él el que huya esta vez. No obstante, justo antes de que se ponga en pie, percibe la mano de ella rozándole los dedos. El contacto es suficiente para paralizarlo y evitar que la abandone en mitad de la cena. Sabe que no puede irse. Si todo de lo que dispone es de unas pocas horas más, quiere pasarlas a su lado aunque sea consciente de que cuando lleguen a su fin la perderá para siempre.

—Disfrutemos de nuestra noche de San Juan —susurra Paula, rogando para que él admita que esta velada es cuanto les queda.

A pesar de que esa misma tarde su padre le ha confirmado que no hay rastro de su enfermedad, y que ya lo ha arreglado todo para marcharse al día siguiente, se resiste a dar por concluida esta historia. En su interior se ha desatado una batalla feroz, aunque no dé muestras de ello y le esté haciendo creer a Álex que las cosas resultan fáciles para ella. Si bien, el caos de su mente parece haberse congraciado con la niña abandonada y repleta de miedos, esa que se aferra con todas sus fuerzas a la idea de que su única opción es irse cuanto más lejos mejor.

—Está bien —acepta Álex, abriendo los ojos.

La ha visto huir demasiadas veces, pero sabe que en esta ocasión, cuando llegue el momento y Paula vuele de nuevo, será diferente. Está seguro de que no habrá más noches mágicas alrededor de una hoguera. No más besos robados ni caricias bajo las estrellas. Nunca más.

Eso no impide que al terminar de cenar, tal y como tenía planeado, la lleve a pasear por Deià. Recorren de la mano sus pintorescas calles adoquinadas, ignorando que su amor tiene fecha de caducidad y dejándose llevar del mismo modo que han hecho siempre.

Al doblar una esquina, Álex no puede evitar acorralar a Paula contra la pared de una casa. La cubre con su cuerpo y, cegado por la ansiedad, se pierde en su boca. El beso está cargado de desesperación y deseo. Atrapa su labio inferior para luego dejar que sus lenguas se enreden. Paula, por su parte, le devuelve el beso con la misma ferocidad. Pasea las manos por su espalda, marcando las líneas de sus músculos una a una. Sus dedos conocen tan bien la textura de su piel, la curva de sus hombros... y, sin embargo, es como si lo acariciara por primera vez.

—Duerme conmigo esta noche —ruega él, y las lágrimas se asoman a sus ojos—. No me dejes todavía.

Paula no contesta. No le salen las palabras, pero acepta porque hay una parte de ella que no quiere alejarse de Álex. Se pregunta si será capaz de hacerlo, si le será posible soltar su mano al amanecer.

Finalmente, desecha la pregunta y asiente, mordiéndose el labio bajo la atenta mirada de él.

Se refugian en un pequeño hotel el que Álex ha reservado una habitación. Apenas consiguen traspasar la puerta y ya están desvistiéndose. Entre besos y caricias, entre gemidos y palabras no pronunciadas, se sumergen el uno en el otro, mostrándose de esa forma sentimientos que no expresan en voz alta. Se rinden a la necesidad y pasan horas saboreándose, haciendo el amor y grabando a fuego en su recuerdo cada instante que pasan juntos.

La noche avanza sin pausa, por mucho que Álex desee que no acabe nunca y se esfuerce para no pensar en lo vacío que se sentirá a la mañana siguiente. Permite que su corazón se llene una vez más de ella aunque sepa que no volverá a ser el mismo cuando el sol se alce anunciando un nuevo día. Le hace el amor como siempre y, sin embargo, la ama como nunca.

No, nada será igual sin ella.

Y así es, a pesar de que hace lo imposible por evitarlo, como al amanecer, exhausto y roto, cae dormido abrazado a su cuerpo.

Paula, que se había prometido no marcharse sin decir adiós, decide romper su promesa. No se ve con fuerzas para despedirse y, aunque se siente dividida entre el miedo y el deseo de permanecer con él, se deja ganar la batalla. Ser consciente de la necesidad que siente por Álex la aterra, y es esa misma certeza la que la empuja a continuar escapando.

Una vez vestida, se plantea si dejarle una nota, pero decide no hacerlo. No sabría qué escribir ni cómo despedirse del chico de los hoyuelos, de su chico de San Juan. Es consciente de que lo que está haciendo seguramente sea un error, pero no es capaz de detenerse.

Desde la puerta echa un último vistazo a Álex, que yace sobre la cama apenas cubierto por la sábana, y se odia a sí misma por dejarse vencer por el miedo. Sabe que lo recordará cada uno de los días que pase separada de él; que Álex es, con diferencia, el único que ha conseguido crear para ella algo parecido a un hogar, un lugar al que regresar.

Es ese pensamiento el que la obliga a volver sobre sus pasos y entrar en la baño de la habitación. No sabe muy bien lo que está haciendo, pero se siente impulsada a dejar una huella de lo que Álex representa para ella. Abre el grifo de agua caliente del lavabo y espera en silencio a que el espejo se empañe para luego trazar, letra a letra, dos simples palabras: «Te quiero».

Ni siquiera cree probable que Álex llegue a leerlas. El vaho se disipará, haciendo desaparecer su confesión, aunque no ocurra de la misma manera en su mente.

Con los ojos llenos de lágrimas sale a la carrera de la habitación, sin permitirse mirar atrás; huyendo como la cobarde que es.

19

—Pensaba que ibas a quedarte un poco más —comenta Fede cuando su hija le dice que el vuelo sale esa misma tarde.

Ella niega con la cabeza, sin atreverse a mirarlo a los ojos, y se concentra en terminar de preparar el equipaje. Blanca también está presente, pero no ha cruzado el umbral de la puerta de su habitación y se limita a contemplar la escena desde el pasillo. No ha dicho ni una palabra desde que Paula apareció en casa esta mañana con el rostro desencajado y los ojos hinchados y enrojecidos.

—Necesitan que regrese cuanto antes —se justifica una vez más—, y tú estás bien, ¿no?

Ahora sí que levanta la vista y observa el rostro de su padre, que, a pesar del disgusto por la precipitada marcha de su hija, esboza una sonrisa comprensiva y asiente.

—Lo estoy —afirma. Avanza hasta ella y la rodea con los brazos—. Pero no quiero que te vayas, no esta vez.

Paula se muerde el labio con tanta fuerza que a punto está de hacerse sangre. Se pregunta por qué ahora, cuál es el motivo de que todos hayan decidido pedirle que no se marche, pero no llega a formular la cuestión en voz alta. Tal vez si lo hiciera, su padre le diría lo mucho que la echa de menos y que, por fin, se ha dado cuenta de que Paula no es feliz. Puede que ella no sea consciente, pero, al verla con Álex, Fede ha comprendido que nunca ha existido ningún equilibrio en la vida de su hija mayor. Creía que mantenerse lejos de su hogar le daba cierta calma y borraba el infeliz recuerdo de una madre que la abandonó al nacer, pero la realidad es que lo único que necesitaba Paula es que alguien la hiciera sentir querida y necesitada; algo que él jamás ha sabido hacer.

—Te quiero, pequeña —le susurra, depositando un beso sobre su pelo y esperando que no sea demasiado tarde.

Ella deshace el abrazo aunque siente como las palabras de su padre rompen algo en su interior.

—Tengo... Tengo mucho que preparar.

Derrotado, Fede la observa durante unos instantes antes de abandonar la habitación.

—No deberías hacerlo —señala Blanca, y Paula sabe que es lo más cerca que estará su hermana de pedirle que se quede. Aun así, no puede evitar sorprenderse.

Blanca desaparece sin añadir nada más, dejándola más sola que nunca.

Ese sentimiento la acompaña durante el resto del día. En más de una ocasión se descubre a sí misma junto a la ventana, lanzando miradas al exterior a través de las cortinas. Una parte de ella espera que Álex aparezca de un momento a otro y le ruegue que no se vaya, que también él le diga que la quiere y la necesita. Quizás por eso le dejó el mensaje, como una especie de llamada de socorro para que la salve de sí misma. Pero las horas transcurren en una lenta agonía y nadie llama a la puerta del palacete.

En el recibidor de la casa el ambiente es más frío que nunca. Paula se abrocha la chaqueta y recibe con estoicismo los abrazos y las sonrisas tristes de Fede y Maika. Blanca ni siquiera se presenta, y ese detalle le duele más de lo que quiere admitir.

El corazón le da un vuelco al escuchar el sonido de un claxon en el exterior. Con el pulso

latiéndole en las sienes, abre la puerta. Se traga las lágrimas al comprobar que es tan solo el taxi que la llevará al aeropuerto, y esboza una sonrisa amarga, a juego con su estado de ánimo.

Sin embargo, no es hasta que se encuentra sentada en la butaca del avión cuando la magnitud de la decisión que ha tomado comienza a destrozarse, poco a poco, su mente y todo en su interior. Por primera vez no hay alivio al verse embarcada rumbo a su trabajo, y el miedo que ha sentido hasta ahora no supera a la sensación de que, en realidad, lo único que desea es quedarse en Mallorca junto a su familia. Junto a Álex. Comprende por fin que huir nunca ha sido la solución. Ha odiado durante años a su madre por deshacerse de ella y se ha limitado a hacer lo mismo, convirtiéndose en un reflejo de sus propios miedos y en parte del problema. La enfermedad de su padre debería haberle hecho entender lo efímero que puede ser el tiempo del que dispone, pero ha sido tan cobarde que la ha aprovechado como una excusa más para justificarse.

Para cuando las puertas de la aeronave se cierran, los recuerdos de cada uno de los instantes que ha pasado con Álex han desfilado ya antes sus ojos, haciéndole entender lo mucho que se ha esforzado él por mostrarle que estaba dispuesto a compartir sus sueños. Él, que sufrió la pérdida de sus padres, no ha dudado en arriesgarse con ella, y Paula ha estado tan ciega que no ha logrado verlo. Lo ha abandonado sin siquiera despedirse.

Lo peor de todo es que sabe que está enamorada de él.

—Disculpe, ¿es usted Paula Rodríguez?

Alza la cabeza y su mirada se cruza con la de una de las azafatas, que sonrío mientras le tiende un papel plegado por la mitad.

—Esto es para usted.

Paula toma la hoja de entre sus manos, confusa, y tarda un instante en reaccionar y desdoblarla. Las lágrimas hacen de nuevo acto de presencia en cuanto lee lo que hay escrito en ella: «Yo también te quiero, mi chica de San Juan».

Echa un rápido vistazo a los asientos que la rodean, pero no ve el rostro que busca entre las personas que los ocupan.

—¿Quién se lo ha dado?

—Me ha dicho que usted sabría quién era.

—Pero...

—Tiene que sentarse, vamos a despegar —la interrumpe la azafata, para luego proseguir avanzando por el pasillo mientras realiza las comprobaciones de rigor.

Paula obedece, demasiado nerviosa como para contradecirla. La nota de Álex tiembla junto con sus manos. Relee su declaración una y otra vez y su corazón se va llenando de emociones, segundo a segundo, hasta rebosar y transformar la expresión de inquietud de su rostro en una sonrisa tan amplia que comienzan a dolerle las mejillas.

—Me quiere —farfulla para sí misma.

Algo cede en su interior. La niña abandonada se vuelve valiente y, por primera vez, la anima a arriesgarse, a querer, a desear y a no marcharse. Se ha hecho mayor; anhela el cariño que se ha estado negando durante tantos años y, sobre todo, vivir sin miedo.

Tan concentrada está en el papel que ni siquiera se percata de que alguien toma asiento a su lado.

—Adoro San Juan —afirma el recién llegado, observando la nota que Paula sostiene sobre su regazo.

Reconoce la voz de Álex y ladea la cabeza para encontrarse con sus ojos, risueños y

brillantes. Tiene el pelo mojado y revuelto, y sus hoyuelos son más visibles que nunca. El ambiente se vuelve mágico, haciendo que el resto del pasaje, las azafatas y todo lo que los rodea desaparezca. Solo quedan ellos dos; sus miradas enredadas y sus corazones latiendo al unísono.

—Te dije que no iba a abandonarte —repite Álex tras unos instantes.

Se acomoda en la butaca, perezoso, y Paula sigue sin creer que esté de verdad ahí.

—Pero ¿cómo...?

—Blanca me llamó y me dijo cuál era tu vuelo —señala él, mostrándole su tarjeta de embarque y sin dejar de sonreír.

Paula hace ademán de replicar, pero el chico la silencia depositando un dedo sobre sus labios, que tiemblan por el contacto, y se inclina en su dirección. Sus frentes se unen y permanecen observándose durante unos segundos, diciéndose más de lo que podrían confesarse solo con palabras, como hacían cada noche de San Juan; lanzándose sueños a través de sus miradas.

—No me importa durante cuánto tiempo más necesites huir para darte cuenta de que no sirve de nada —asegura él en un susurro, y se encoge de hombros—, puedo escapar contigo. Es más... me vuelve loco la idea de fugarnos juntos —se ríe—. Huiría contigo toda la vida.

Paula cede a la necesidad y elimina la distancia que separa sus bocas para darle un beso lento y profundo. Se le escapa una carcajada al sentir su sabor sobre la lengua una vez más, porque por fin se permite disfrutar sin preocuparse de una despedida inminente. Y la sensación de libertad es aún más maravillosa de lo que habría esperado.

—Quiero quedarme —afirma, hundiendo los dedos en su pelo—. Quiero estar contigo... Quiero mil y una noches de San Juan a tu lado. No voy a huir más.

Álex levanta el resposabrazos que se interpone entre ellos para abrazarla justo en el momento en el que las ruedas del avión se separan del asfalto de la pista, y su corazón parece elevarse al mismo tiempo.

—Dime una cosa —le pide, mientras la estrecha contra su pecho—, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

Paula, con la cabeza escondida en el hueco de su cuello, se esfuerza para darle una respuesta, para explicarle que han sido los tres últimos años, con sus encuentros y sus ausencias, sus besos, la manera en que la miraba, sus dedos señalando estrellas, su forma de entregarse y de necesitarla, aunque no lo dijera...

—Volvías —murmura junto a su oído—, año tras año siempre regresabas.

—Me convertiste en un adicto a tus sonrisas —replica Álex, separándose de ella para mirarla a los ojos—. Ahora quiero más. Quiero trescientos sesenta y cinco días de San Juan, junto con sus respectivas noches, claro está.

Le guiña un ojo y Paula suelta otra carcajada.

—También quiero escuchar ese sonido cada mañana al despertar. Es mágico.

Roza sus labios con los de ella en una tímida caricia y la observa, ya sin miedo. Ha comprendido que si Paula necesita marcharse, él lo hará con ella, y si desea quedarse, también estará a su lado.

Paula sonríe y no se lo piensa dos veces, lleva su boca hasta el oído de Álex y, en apenas un susurro, repite lo que le confesó a través del espejo:

—Te quiero, Álex, y quiero quedarme contigo.

Él gira la cabeza para saborearla una vez más, perdiéndose durante unos instantes en su calidez.

—Te quiero —replica él, con la voz rota por la emoción—, y ya te lo dije: no pienso

abandonarte.

A Paula sus palabras le saben a promesa y a felicidad. Es consciente de que ninguno de los dos puede estar seguro de lo que sucederá entre ambos y de a dónde les llevará su relación, pero los ojos de Álex reflejan con total fidelidad la sinceridad de su afirmación, y con eso le basta. Se arriesgará por él y, sea cuál sea el resultado, merecerá la pena.

—Supongo que, después de todo, sí que hay verdadera magia en la noche de San Juan —
repone él, entrelazando los dedos con los de ella.

Lleva el lazo que forman sus manos hasta su boca y, con los ojos fijos en el rostro de Paula, deposita un beso tras otro sobre sus nudillos.

—No, Álex. Para mí, la magia de San Juan siempre serás tú.

Epílogo

Cuatro años después. Víspera de San Juan.

—Aún no me creo que estemos aquí.

Paula agita la cabeza con resignación. Este año no tenía planeado volver a la cala, no al menos en esas circunstancias. Álex baja del coche y lo rodea hasta la puerta del copiloto.

—Esta es la única cita a la que no podemos faltar —replica él, mientras la ayuda a descender.

En cuanto pone los pies en el suelo, Álex se inclina sobre ella para darle un beso sin prisa, disfrutando de su sabor. No importa cuántas veces lo haga, siempre necesitará más.

Cuando se retira, Alex le dedica una sonrisa, que Paula corresponde con otra muy similar, y acto seguido hinca una rodilla en el suelo. Ella lo observa colocar la oreja contra su prominente barriga.

—¿Estás despierta, pequeñaja? —pregunta Álex, con la tierna voz que suele emplear cuando se dirige al bebé que crece dentro de Paula.

Una patada responde a la pregunta de su padre y Paula no puede evitar reírse. Mientras Álex continúa hablándole a su hija, ella pasea la mirada por la playa para contemplar ese rincón tan especial. Ha pasado mucho tiempo desde la primera vez que estuvo allí con el que ahora es su marido, y jamás hubiera imaginado que de aquel encuentro fortuito nacería algo tan hermoso.

Tal y como prometió, Álex no ha vuelto a separarse de ella. Se las arreglaron para que la acompañara en su último proyecto en la ONG, tras el cual fue destinada a las oficinas de la organización en Mallorca por petición propia.

Alex ha estado ahí de forma continua para ella, hasta lograr convencerla de que no se marcharía, de que la amaba más que a cualquier otra cosa. Y fue su amor el que consiguió darle a Paula la seguridad que necesitaba para dejar de huir.

—Eres increíble —murmura Paula, como un pensamiento en voz alta.

Álex, todavía en cuclillas junto a ella, desliza la mano sobre su abdomen en una última caricia y se pone en pie. Acuna el rostro de Paula entre las manos y le da un pequeño beso en la punta de la nariz.

—Eres tú la que me haces ser así —replica—. Me conviertes en mejor persona.

Paula está a punto de decirle que no podría ser mejor aunque lo intentara, porque ya es perfecto, pero las palabras se pierden de camino a su boca cuando percibe un líquido caliente deslizándose por su entrepierna.

—Tenemos que irnos, Álex.

—Vamos, ¿dónde está tu romanticismo? —tercia él, malinterpretando su repentino cambio de actitud.

—Vas a ser papá.

Álex sonríe, no ha dejado de hacerlo desde el momento en que supo que Paula estaba embarazada.

—Lo sé.

—No, Álex. ¡Vas a ser papá ahora! —grita ella, perdiendo los nervios.

Su mirada desciende hasta encontrarse con el charco que se ha formado a los pies de su mujer, aunque aún tarda varios segundos en comprender lo que está sucediendo.

—¡Joder! —exclama en un arrebató impropio de él.

La ayuda a subir al coche de nuevo de forma apresurada y toma asiento tras el volante.

—Las llaves. No encuentro las llaves —se queja, palpándose los bolsillos.

Paula suelta una carcajada.

—Están puesta en el contacto.

De camino al hospital, Alex le sostiene la mano y, entre balbuceos nerviosos, la anima a poner en práctica lo que han aprendido en las clases de preparación al parto. Paula, a su vez, trata de tranquilizarlo. Al contrario que él, sabe que todo saldrá bien. Nada puede salir mal teniendo a Álex a su lado.

—¿Te das cuenta de que Leire va a nacer el día de San Juan?

Álex echa un vistazo rápido al tatuaje de su dedo anular. Cuando se casaron no hubo alianzas, sino un tatuaje con dos fechas: la de su primer encuentro y la de la boda.

—¿Qué puedo decir? Tengo buena puntería —fanfarronea él, guiñándole un ojo.

Ocho horas más tarde, mientras contempla cómo Álex sostiene en brazos a su hija por primera vez, Paula no puede evitar pensar que, sin duda, hay magia de verdad en este mundo. Y ella es tan afortunada que tiene un trocito de esta en su vida.

FIN

Agradecimientos

Sin duda alguna, a Lidia Gómez-urda Villaverde, que me ayudó a conocer Mallorca y encontrar parte de los preciosos parajes en los que transcurre la novela. Mil gracias por guiarme por tu isla.

A Cristina Martín, María Martínez, Yuliss M. Priego, Nazareth Vargas y Tamara Arteaga, por soportarme, que no es poco. Por las risas, las conversaciones, y por empujarme cada vez que me hace falta. ¡Os quiero!

A Laura Morales, Patry Fernández, María Victoria Llada Hergueta, Noelia Pato Amado, Cristina Gómez Herranz y Sofía Valladares, que me inspiraron a la hora de crear los personajes de Álex y Paula con sus propuestas a través de Facebook.

A mi hija Daniela, que me ha ayudado a elegir la nueva portada con la que vestir esta historia.

Y por último, a todos los que día a día me animáis a seguir escribiendo, a los que compráis mis novelas y empleáis vuestro tiempo en vivir mis historias. Sin vosotros nada de esto sería posible. Sois la parte más importante de esta locura.

¹ Hierro que en los barcos y buques, junto con los guardamancebos, hace las veces de barandilla.